BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

DIABOLICAMENTE TUYA, TIA LOUISE

KELLTOM McINTIRE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

KELLTOM McINTIRE

DIABOLICAMENTE TUYA, TIA LOUISE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 240
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.953 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El doctor Goforth terminó de examinar el resultado de los últimos análisis clínicos.

Yo esperaba en tensión, sentada sobre mi silla de ruedas.

—¿Y bien, doctor...? —pregunté con gran ansiedad

Me miró reflexivo a través de sus ojos saltones poblados de gruesas cejas cenicientas.

No me gustaba nada el doctor Alexander Goforth, pero me lo habían recomendado como el mejor especialista en traumatología, y para mí era suficiente.

Goforth se libró de las gafas y afirmó con voz engolada:

—Su parálisis no tiene una motivación física, lady Patricia. Los resultados de todas las pruebas a las que la he sometido, son concluyentes: sus piernas no sufren fracturas, ni sus músculos, tendones y nervios están atrofiados...

—¿Entonces...? — gemí, impaciente—. ¿No puede hacer nada por devolver el movimiento a mis piernas? ¡Doctor Goforth, yo pagaría lo que usted pidiese! ¡Sólo tiene que citar una cifra y tendrá el dinero! —Exclamé, ya perdido el control de mis emociones—. ¡Soy rica, poseo más de diez millones de libras! ¡Usted tiene que curarme!

—Cálmese, por favor —respondió sin emoción.

Era más frío que un pez y tan lento de movimientos como un gran paquidermo, a pesar de que no era un hombre corpulento.

Rompí a llorar, en pleno ataque de nervios.

—¿Cómo... cómo quiere que conserve la calma? —sollocé, entre hipidos histéricos—. ¡Por amor de Dios, doctor! ¡Tengo veintidós años y estoy... paralítica! Soy joven y no puedo moverme ni gozar de mi juventud... ¡Es... como para volverse loca!

—No le conviene excitarse, lady Patricia —pronunció cuidadosamente el médico—. Nada menos aconsejable. Padece un cierto desequilibrio emocional y cualquier excitación no conseguirá otra cosa que agravar su mal.

Mis manos se apoyaron como garras sobre los reposabrazos de mi silla de inválida.

—¿Va... a decirme que estoy loca? —grité.

Goforth me examinó fríamente.

—Por supuesto, no he dicho tal cosa —puntualizó—. Por favor, si me deja explicarme, todo será más sencillo.

Me enjugué las lágrimas con un pañuelito e hice un supremo esfuerzo para conseguir dominar mis emociones.

Al cabo de unos minutos, alcé los ojos y miré al médico.

—Está bien, le escucho —dije.

—Eso está mejor —afirmó Goforth. Y añadió—: Como le decía, su parálisis no tiene una causa física, sino psíquica. Usted padece... ¿cómo podría explicárselo? Padece una leve... psicopatía.

Mis nervios volvieron a rebelarse.
—¿Psicopatía ha dicho? —grité.
—En el fondo de su subconsciente late la idea de que usted es la culpable de la muerte de sus padres.
—¿Cómo puede decir eso? ¡Todos saben que fue un desgraciado accidente! —exclamé fogosa.
Goforth golpeó, un tanto nervioso, con sus gafas sobre la mesa.
—Lo sé, lo sé —respondió—. Por otra parte, la duda sobre algo así sólo sería competencia de la policía.
—¿Qué trata de insinuar? —inquirí, tan rígida como un cirio.
—Por supuesto que nada, lady Patricia. Lo cierto es que, en su subconsciente, usted se culpa de la muerte de sus padres.
—Jamás he creído tal cosa —afirmé.
—Su ser consciente está convencido de ello... Pero, créame, la he sometido a tres sesiones de hipnosis por el doctor Denton. Bajo el estado hipnótico, usted se retorcía, gemía y... se acusaba de esas muertes. V ahí está precisamente la causa de su parálisis: el trauma psíquico.
—No creo una sola palabra de todo eso —respondí, conteniendo a duras penas mi ira.
Goforth clavó en los míos sus ojos saltones de un azul desvaído.
En tal caso —dijo glacialmente—, lo mejor es que recurra a otro médico.
Nuevamente rompí en sollozos.
—Le ruego me disculpe, doctor Goforth —supliqué—. No pretendía ofenderle.
—Lo sé —afirmó, tras un instante de silencio—. Pero esas continuas mutaciones de su carácter vienen a confirmar mi diagnóstico, lady Patricia. Créame, es preciso que se ponga en manos de un buen psiquiatra. Conozco a uno, muy bueno. Se trata del doctor Milton Teague.
Goforth añadió que el doctor Teague dirigía una clínica psiquiátrica para millonarios en Debton Wood, a unos cuarenta kilómetros de Londres.
—Teague ha hecho prodigios. Profundiza como nadie en el alma humana y saca a flote frustraciones y aberraciones ., todo lo que altera la mente. Combina, además, sus sesiones de psicoanálisis con la llamada "cura de sueño”.
Yo había oído hablar algo acerca de aquellas “curas de sueños”, a las que solían someterse actrices, hombres de negocios y una infinidad de personas vencidas por el stress, por la fatiga y la tensión.
Pero Goforth se encargó de explicármelo de forma más clara.
—La cura de sueño consiste en someter al paciente a un sueño prolongado y artificial, pero sumamente reparador para el sistema nervioso. Es como un largo y relajado descanso, del que sólo se despierta una vez al día para tomar los alimentos imprescindibles. Este tipo de terapia, después de las dirigidas sesiones de psicoanálisis del doctor Teague, ha obrado verdaderos milagros. Créame, lady Patricia: el doctor Teague es un verdadero genio —resumió

Goforth.

—¿Cuál es su teléfono? —pregunté.

—No necesita su teléfono —respondió Goforth, súbitamente animado.

Y tomó el aparato:

—Puedo reservarle una habitación en la clínica Teague, si lo desea —me ofreció.

Pero yo me apresuré a interrumpirle.

—¡No, no, doctor Goforth! —Y me esforcé en explicarle, al advertir el fruncimiento de las cejas de mi interlocutor—: Compréndalo, no quiero precipitarme. Debo descansar, reflexionar. Lo más probable es que me ponga en manos del doctor Teague, pero antes debo pensarlo... Ahora me encuentro descentrada, ¿comprende? Desde luego, le agradezco muy de veras todos sus desvelos, doctor.

Goforth dejó en su sitio el auricular y me dirigió una mirada intensa.

—Creo que debería acudir cuanto antes al doctor Teague, lady Patricia —insistió, un tanto disgustado—. Sin embargo, respeto sus deseos.

—Envíeme su factura, doctor. Y ahora, por favor, ¿quiere llamar a mistress Turpin? —le rogué amablemente.

Goforth se puso en pie, rodeó su vieja mesa de nogal tallado y salió de la habitación.

Poco después volvía con mistress Turpin, mi señorita de compañía.

Mistress Turpin medía algo más de un metro setenta centímetros, pesaba ochenta kilos y valía perfectamente para empujar mi silla de ruedas.

Por lo demás, era ordinaria, brusca y grosera como una mula.

—Le deseo un pronto restablecimiento, lady Patricia —me despidió el doctor Goforth, de forma absolutamente impersonal.

Edu Turpin tomó mi silla por el respaldo y me empujó con brusquedad hasta sacarme del despacho.

Pasillo adelante, yo hundí el mentón en mi pecho y me puse a sollozar sin aspavientos.

Entonces recordé a Percy.

CAPITULO II

Su primer bofetón me arrojó al suelo rudamente.

—Entiéndelo de una puñetera vez, querida Pat —dijo sin descomponerse—. No soy un gigoló como Bob Danterre o Clay Bourridge. Te aconsejo que no vuelvas a darte esos aires de reina conmigo.

"¡Dios mío! —Pensé—, ¿Cómo he llegado a caer tan bajo?”

Golpeada por un rufián, escarnecida, sojuzgada, humillada...

El último préstamo que Percy me había sacado ascendía a la respetable cifra de tres mil libras.

—Naturalmente, podré reembolsártelo la próxima semana. Ya sabes que la Bolsa ha dado un bajón tremendo, que si no...

Su cuento era siempre el mismo.

Yo sonreía piadosamente. Porque estaba enamorada de él. O. al menos, eso creía entonces.

Pero yo ahora sabía que Percy Carmody sólo era un rufián.

Se dedicaba a cortejar a jovencitas adineradas, hijas de familias florecientes, bien situadas en la sociedad londinense.

Percy no era ningún jovencito. Aunque no los confesaba, tenía treinta y ocho años y sus cabellos rubios comenzaban a volverse ralos, escasos.

Era un hombre maduro, ladino, un donjuán que sabía pronunciar la frase oportuna, sonreír justo a tiempo, adular a sus amistades.

Alguien me dijo que su padre, el general Carmody, había sido un importante político y un avispado comerciante en la India.

Pero la India consiguió su independencia y ello se llevó, como un huracán, las posibles riquezas de los Carmody.

¿Qué era Percy, en realidad?

Se había graduado en Sandhurst, e incluso había ¡legado a capitán. Pero pronto solicitó la excedencia y se dedicó a algo mil veces más rentable: a convertirse en chevalier servant de jóvenes adineradas.

Aún no comprendo cómo llegué a caer en sus manos. Lo cierto es que poco después yo me sentía apasionadamente enamorada de Percy Carmody y que hubiera estado dispuesta a sacrificar cualquier cosa por él.

Percy sabía lo que hacía. En los primeros contactos se mostraba como un maduro hombre de mundo, dispuesto a convertir en realidad hasta las más caprichosas fantasías de su dama del momento.

Poseía atractivo varonil suficiente, debo reconocerlo. Y una gran dosis de bon savoir faire cosmopolita.

Nadie como él para escoger el mejor club, el más distinguido restaurante o el pub más en boga.

Pero en cuanto sabía segura a su presa, Percy se lanzaba sobre ella como un buitre, dispuesto a dejar su esqueleto mondo y lirondo.

Empezaba, usualmente, con un:

—¡Maldita sea, me he olvidado mi chequera y no dispongo de dinero suelto! ¿Podrías...?

Y, claro, la jovencita que era objeto de sus galanteos en aquellos momentos, podía... ¡No faltaba más, tratándose de la hija menor de sir Armstrong, sir Polk o del acaudalado míster Holloway, principal accionista de varias importantes firmas bancarias!

Yo le quería, lo confieso.

Veía en él todas las virtudes masculinas: apostura, aplomo, seguridad, gustos refinados, galantería, delicadeza... Pero todo ello no era sino fachada.

Le vi una vez arrugarse ante unos cuantos gamberros de Soho, a la salida de un pub. Toda su seguridad y su virilidad se vinieron abajo en cuanto vio brillar la hoja de una navaja.

Los jóvenes delincuentes —apenas unos chicos de dieciséis o diecisiete años— me despojaron de dos pendientes de esmeraldas, una estola de armiño y unas ochenta libras en billetes.

En cuanto a Percy, ¡le desnudaron!

Nunca me pareció más ridículo un hombre que Percy Carmody, en calzoncillos y ridículamente encogido sobre sí mismo, tiritando.

Aquel incidente debió ser un aviso premonitorio para mí. Pero habíamos bebido con exceso, yo me sentía muy alegre y todo lo tomé a broma.

Cuando un taxi se atrevió a recogernos, yo había olvidado que Percy se había comportado como un cobarde, que ni siquiera había intentado oponerse a las intenciones de aquella cuadrilla de golfos.

Lo cierto era que me había acostumbrado a él.

Para mí era cómodo disponer de Percy para asistir a las carreras, al casino de Brighton o a la fiesta de los Tromwell.

Pero Percy siempre estaba pidiéndome dinero. Y cuando en una ocasión le recordé sus deudas, se rió, en mi cara.

—Vamos, mi querida Pat; no imaginarás que puedo ir por ahí sin un penique. Al fin y al cabo, se trata de algo que todas las chicas de buena familia pueden permitirse.. ¿No soy tu fiel *chevalier servant*? Siento desilusionarte, pequeña mía, pero un lujo así es preciso pagarlo —afirmó.

¡Percy! —exclamé desalentada—. Creí que sentías algo por mí, alguna clase de sentimiento...

—¡Y lo siento! —exclamó—. Pero necesito dinero para vivir.

Comencé a comprender que Percy Carmody no era mi príncipe azul.

Sin embargo, como he dicho4 antes, no me resultaba fácil prescindir de su presencia.

En nuestro círculo, todas las jovencitas necesitábamos disponer de un caballero como Carmody en determinadas situaciones.

Durante el último otoño tuve un pequeño y nada trascendente flirt con un joven actor italiano.

En cuanto lo supo, Percy se mostró muy ofendido. Pero todos sus escrúpulos desaparecieron en cuanto le ofrecí un cheque por mil libras.

Mi única fortuna propia consistía, por entonces, en unas veinte mil libras, legado de mi tío el coronel Rudyard Bascomb, hermano de mi padre.

Y debo confesar aquí que las veinte mil libras íntegras fueron a parar a las rapaces manos de Percy Carmody.

Muy cerca de las Navidades surgió para mí un grave problema: fui a visitar discretamente a un tocólogo y supe que estaba embarazada.

Llamé a Percy y se lo dije.

—¡Queridísima del alma! —exclamó con su voz grave, íntima—. No podías darme mejor noticia. Por supuesto, espero que convenzas a sir William para que nos casemos en seguida.

Yo estaba segura de que sir William Selby —mi padre— jamás permitiría por las buenas que yo me casase con Percy Carmody, que en su opinión sólo era un sinvergüenza aprovechado.

—Eso no será posible, querido Percy —respondí—. Papá... Pero no te preocupes, podemos vivir por nuestra cuenta. Yo podría...

—Discúlpame ahora, Pat, pero me encuentro en una reunión importante. Te llamaré, ¿eh? Y hablaremos de todo eso —murmuró precipitadamente.

—¡Percy! —grité descompuesta—. ¡No vuelvas a intentar verme jamás!

Pero Percy había colgado ya. Era como las ratas, el primero en huir cuando el barco Be hundía.

Me sentí muy desgraciada entonces.

He sido una “niña de papá” durante muchos años.

Caprichosa, voluble, superficial... Mis primeros años de juventud han transcurrido entre cruceros por el Mediterráneo, bacanales insólitas, fiestas de sociedad y excursiones insustanciales.

Pero yo, Pat Selby, había heredado algunas virtudes de mi padre, sir William. Y entre ellas la sinceridad y la honradez.

Reuní a mis padres aquella misma noche y tuve fortaleza suficiente para comunicarles que esperaba un hijo.

—¿Quién es el padre? —preguntó sir William, siempre conservador, tras las primeras recriminaciones.

—No vale la pena ocuparse de él —respondí.

Pero mi padre y mi madre sospecharon la verdad.

—Es Percy Carmody, ¿no es cierto? —preguntó mi padre, sombrío.

—Sí. De nada valdría ocultarlo —respondí.

—¡Le...!

—Por favor, papá. Para mí, Percy ya no significa nada —exclamé desesperada—. No quiero que le llames. ¡No quiero volver a verle!

Mi madre, advirtiendo mi estado de ánimo, me acarició tiernamente y se esforzó en convencer a mi padre de que no debía ponerse en contacto con Percy.

Papá siempre fue un hombre más bien inexpresivo y formal, pero en aquella ocasión se mostró muy cariñoso y entregado.

—Dime sólo una cosa, Pat. ¿Deseas tener ese hijo? —me preguntó,

después de acariciar, trémulo, mis mejillas.

—Desde luego que sí, papú —respondí.

—Perfectamente —pronunció, elevando con firmeza el mentón—. Tendrás a ese hijo.

Me sentí íntimamente confortada por la lealtad y el amor que mis padres me demostraron.

Durante tres meses vivimos en nuestra casa de French Street; en Chelsea.

Pero mi vientre comenzaba a abultarse, y no hay que olvidar que mis podres eran muy conservadores.

—Iremos a vivir, a partir de ahora, hasta que el bebé nazca, a Selby Site —decidió mi padre. Y todos estuvimos de acuerdo.

Lo habíamos preparado todo para iniciar el viaje poco después del mediodía de un cuatro de marzo.

Precisamente aquella mañana recibí una llamada telefónica.

Era Percy.

—Sé que estás enfadada, queridísima Pat. Y confieso que me he portado mal. Pero estoy dispuesto a enmendar mi conducta. Nuestro hijo debe tener un padre. Iré a visitaros y convenceré a tu padre de que debe permitir nuestro matrimonio.

—Sólo te interesa mi dinero, Percy —dije con profundo pesar—. Será inútil que vengas a nuestra casa. No te permitirán entrar.

—¡Pero yo te amo...!

—Sólo te amas a ti mismo. Escúchame, Percy —dije con sorprendente sensatez—: no te necesito. Tengo a mis padres. Y ellos sí valen la pena. No volveremos a vernos. Adiós.

—¡Espera! Nadie rompe conmigo por las buenas, gatita almibarada. Volverás a saber de mí —barbotó furioso.

Algunas horas después, mis padres y yo emprendimos el viaje hacia Selby Site, muy cerca de la costa occidental atlántica.

Papá había insistido en que condujese nuestro automóvil Vance, el chófer. Pero Vance estaba casado, y llevarnos hasta Selby Site supondría para él la incomodidad de volver a Londres en tren.

—Estoy bien, papá. Puedo conducir perfectamente —les aseguré. Y terminaron cediendo.

Salimos de Londres hacia las cuatro de la tarde.

Yo confiaba en que alcanzaríamos Selby Site hacia el anochecer, si no surgía ningún incidente.

Pero el incidente surgió cuando apenas nos faltaban sesenta kilómetros para llegar a nuestro destino.

Habíamos coronado las estribaciones de Borfolk Mountains y descendíamos hacia los llanos atlánticos.

Yo había conducido durante todo el trayecto a velocidad moderada. Cierto que había tomado un par de brandys antes de salir de casa, puesto que me sentía muy nerviosa al abandonar Londres, pero en ninguna ocasión dejé de

ser dueña de mis actos.

Luego, bruscamente, surgió el peligro.

La carretera era estrecha y estaba húmeda por las últimas lluvias.

Cuesta abajo, reduje la velocidad, tomé una curva y... vislumbré el camión pesado que llenaba la carretera.

Pisé el freno a fondo, con urgencia.

Pero el automóvil no aminoró su marcha. ¡Los frenos no funcionaban...!

Aplasté mi pie sobre el pedal de freno una y otra vez. Pero nuestro coche se abalanzó sobre el camión.

Mamá dejó escapar un grito do pavor y mi padre pronunció por primera vez en su vida un juramento muy grosero.

Torcí el volante para evitar la colisión.

Nuestro coche abandonó la carretera, rebotó contra unas rocas y saltó en el vacío.

CAPITULO III

Jamás olvidaré aquella experiencia.

Cuando abrí los ojos, vi a mi madre, colgando en el vacío, con sus rubios cabellos goteando sangre.

Giré la cabeza hacia atrás, horrorizada.

Mi padre no estaba dentro del coche. Viajaba a mi izquierda cuando ocurrió el accidente. La portezuela, completamente abollada, se balanceaba levemente.

Al volverme bruscamente, el automóvil chirrió.

Sólo entonces comprendí la situación en toda su terrible extensión.

¡El coche pendía sobre un talud, balanceándose al borde de un precipicio de unos ochenta metros de profundidad...!

Entonces ocurrió algo grotesco, absurdo..

El cielo, plomizo, se entreabrió y un sol dorado bañó las estribaciones herbosas de los riscos.

Vi un rebaño de ovejas y un muchacho que corría cuesta abajo dando gritos.

Yo temblaba detrás del volante, porque el coche se balanceaba rítmicamente a impulsos del viento, a punto de despeñarse hacia las profundidades.

Todo mi ser me impulsaba a ayudar a mi madre que, a juzgar por la sangre que empapaba sus cabellos, estaba malherida.

¿O tal vez muerta...?

Un sollozo hondo, desesperado, brotó de mis labios:

—¡Mamá...!

Me deslicé milímetro a milímetro sobre el asiento y traté de tocarla.

Un chirrido agudo resonó en mis oídos y el coche basculó violentamente hacia delante.

Volví a mi sitio de un salto y el automóvil se estabilizó.

No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que oyese el rumor de un frenazo.

¿Unos cuantos minutos, horas quizá...?

Alguien gritaba desde lo alto:

—¡No se mueva! ¡Permanezca absolutamente inmóvil! ¡Vamos a intentar rescatarles...!

Pero yo miraba a mamá, con su rubia cabellera de sangre. Y los sollozos apenas me permitían respirar.

Tras de mí escuché un rumor metálico.

Un hombre se descolgaba desde la carretera.

Allá arriba se había detenido un camión-grúa y una docena de personas cambiaban entre sí comentarios excitados, al tiempo que señalaban hacia el precipicio.

Finalmente, el hombre que llegaba en nuestro auxilio alcanzó el automóvil.

Era un hombre de unos treinta años, calvo, muy robusto.
Me miró.
—Tranquilícese, no haga movimientos bruscos. Yo la sacaré de ahí —afirmó con voz serena, convincente.
—¡Pero mi padre...! —gemí.
—Usted primero —dijo aquel hombre.
En un impulso, creyéndome ya a salvo, me incliné sobre el cuerpo de mi madre.
El automóvil basculó violentamente, debajo se produjo un crujido metálico y el coche se inclinó bruscamente hacia delante, resbalando sobre las rocas.
Sentí un brusco tirón en los cabellos y gemí de dolor.
Luego, aquel hombre me depositó sobre el musgo húmedo.
Miré hacia abajo.
Nuestro automóvil descendía violentamente, dando tumbos hasta detenerse en el fondo del barranco.
Un tremendo nudo en la garganta me impedía respirar.
El hombre que colgaba de una cuerda junto a mi me abofeteó rudamente y rompí a llorar.
Perdone —dijo—. Tuve que abofetearla porque.
Yo lloraba mansamente y las lágrimas brotaban a raudales de mis ojos.
El hombre me tomó por los brazos, rodeó mi cintura con una cuerda y me animó:
—¡Vamos, ayude a los de arriba! Van a subirla.
Pero yo era incapaz de sostenerme sobre mis piernas.
¿Qué sucedía?
Traté de elevarme cuando sentí el primer tirón, pero mis piernas estaban rígidas, inmóviles.
Tuvieron que izarme a pulso con cuidado y gran lentitud porque yo era incapaz de facilitar mi ascensión.
Alguien me tomó en brazos y me subió a la cabina de un camión.
Al cabo de un cuarto de hora, los cadáveres de mis padres fueron izados hasta la carretera.
—¡Pobrecilla! —exclamó una mujer de cabellos de panocha, que estaba contemplándome a través de la portezuela del camión.
Apoyé mis brazos sobre el asiento y me escurrí hasta conseguir ver lo que estaba sucediendo fuera.
Un gemido hondo, hiriente, brotó de mi garganta al contemplar los cuerpos de mis padres.
Ambos yacían, rotos, sobre la cuneta.
El abrigo de mi madre se había manchado de verdín y su brazo derecho estaba roto.
En cuanto a mi padre...
Papá tenía las dos piernas rotas y el pecho hundido.
Las ropas de ambos estaban manchadas de sangre y verdín de las rocas, a

partes iguales.

Entonces di un grito terrible y me desvanecí.

* * *

Permanecí muchas horas sin conocimiento.

Cuando al fin volví en mí, quise arrojarme fuera de la cama y correr a reunirme con, mis padres.

—Siento tener que darle esta noticia, lady Patricia —pronunció la enfermera-jefe—. Pero sus padres han muerto.

Inútilmente me agité, tratando de abandonar el lecho. Mis piernas muertas, rígidas, no me obedecían.

Durante los primeros días apenas reparé en ello.

Me cuidaban, me inyectaban un sedante. Y yo dormía durante horas y horas.

Poco a poco, sin embargo, tomé conciencia de cuanto había ocurrido en el camino a Selby Site.

La cuesta, el camión, los frenos, el horripilante salto hacia el vacío...

Lloraba, reía, llamaba a gritos a mis padres. .

Era evidente que mi salud mental se había alterado.

Luego llegaron unos policías y un delegado judicial.

Me hicieron multitud de preguntas y respondí a todas ellas como mejor pude.

—¿Está segura de que Vance McGrave no...?

—¡No, no por Dios! ¡Vance ha sido siempre tan fiel!

—Pero los frenos... -insistían—. Alguien manipuló en ellos, es evidente. Soltaron la abrazadera metálica que sujetaba uno de los conductos de caucho. El líquido de frenos fue perdiéndose poco a poco con las sucesivas frenadas y, luego, cuando surgió el camión...

Claro que no podía culpar a Vance. Nos había servido fielmente durante veinte años y mi padre había sido siempre generoso con él y su familia.

No, no; Vance, no.

—¿La señora Green, tal vez?

La señora Green era una bondadosa mujer de sesenta y dos años, nuestra ama de llaves desde después de la Segunda Guerra.

De repente recordé a Percy Carmody.

Y estuve a punto de citar su nombre ante la policía.

Pero callé.

¿Por amor?

No. porque si yo había amado alguna vez a aquel hombre, toda huella de cariño se había esfumado.

Supongo que no lo nombré porque, en el fondo, no estaba segura de que el accidente no hubiera respondido, sencillamente, a la casualidad.

Los policías se fueron.

A partir de entonces, me pregunté si no sería yo la única culpable del dramático accidente.

El viaje se había suscitado en virtud de mi embarazo. Y mí embarazo...

Lloré en silencio durante noches y noches. A veces, bajo la acción de los sedantes, gritaba, llamaba a mis padres, les hablaba, gemía, pedía su presencia desesperadamente.

Pero ellos no podían venir a confortarme. Porque estaban muertos.

Una mañana me dije:

"Debo salvar a mi hijo. Es mi última esperanza."

Hice venir al médico. Hablamos.

Me miró con expresión grave, desvió la mirada.

—No me gusta convertirme en portavoz de tristes noticias, lady Patricia, pero lo cierto es que usted perdió a su hijo en el accidente —declaró.

Volví a llorar durante horas y horas.

Todo se había consumado.

Mis padres habían muerto, yo había perdido a mi hijo...

Y mis piernas...

Fui llevada de médico en médico, de esperanza en esperanza, hasta que el doctor Goforth me dio la única solución posible: la clínica psiquiátrica.

Mi invalidez no era física, sino psíquica.

Había oído centenares de conferencias magistrales de otros tantos doctores. Palabras, palabras, palabras, sólo palabras, ninguna solución.

Y ahora Goforth aseguraba que mi salvación estaba en el psicoanálisis y en la cura de sueño.

Lo cual significaba, sin medias palabras, que yo estaba loca.

Pensaba en todo ello, rumiaba mis ideas, mientras la corpulenta mistress Turpin me empujaba con gran ímpetu a lo largo del pasillo.

¿Estaba loca, en realidad?

En cualquier caso, no me seducía la idea de hacerme internar en un manicomio.

En mi fuero interno debía confesar que mi equilibrio nervioso se había alterado profundamente.

Pero de ahí a estar loca...

Vance me tomó en sus brazos y me trasladó hasta el "Cooper” que me esperaba junto a la clínica.

—¿Todo bien, lady Pat? —preguntó afectuosamente.

Sonreí con tristeza.

—Sigo viva, Vance. Y creo que, por ahora, os suficiente —respondí.

Me dejó suavemente sobre el asiento trasero.

Luego, Vance plegó la silla de ruedas y él y la señora Turpin subieron al coche.

En mi residencia de French Street me esperaba una sorpresa. Y no demasiado agradable.

Una mujer huesuda, de unos cincuenta y cinco años, con un grotesco moño

ceniciento, y un hombre de unos treinta y tres años, delgado, pálido e inexpresivo se pusieron en pie cuando la señora Turpin empujó con su acostumbrada brusquedad mi silla de ruedas a lo largo del vestíbulo.

Aquella mujer era mi tía Louise Palmer. Y el caballero de ralos cabellos castaños, rostro delgado y ojos oscuros, hundidos, era su hijo, Harvey Palmer.

CAPITULO IV

A las tres de la madrugada, una ambulancia me recogió en French Street y me llevó a Charing Croos.

Durante tres días me debatí entre la vida y la muerte.

Me habían practicado tantos lavados de estómago que, cuando me ofrecieron el primer alimento sólido, mi víscera estomacal se rebeló y a punto estuve de rociar a la enfermera con todo cuanto surgió de entre mis labios.

Afortunadamente, tía Louise reparó con rapidez el desaguisado, siempre cariñosa y solícita.

Creo que había juzgado mal a tía Louise, que era prima segunda de mi madre y vivía en un pueblecito llamado Mountown, desde que muriera su esposo, Jonas Palmer, un sencillo pueblerino, pero hombre muy industrioso, que hizo algún dinero durante la guerra.

Mi padre no estimaba demasiado a tía Louise y creo que ello era debido a que ella no había acudido a Londres, durante la guerra, cuando yo nací y mi madre se encontró sola, pues papá era capitán de navío y se encontraba en Italia.

Sin embargo, tía Louise me había cuidado con toda dedicación, había pasado noches enteras sin dormir, velando mi sueño, y me demostraba un cariño un tanto seco, como era su carácter, pero indudablemente abnegado y total.

Su esposo había muerto unos años atrás; su único hijo, Harvey, era ya un adulto, y ella había corrido a Londres en cuanto tuvo noticia del dramático accidente que había terminado con la vida de mis padres.

Lo cierto era que tía Louise, a pesar de su aspecto anticuado y rudo, se sacrificaba por mí, me mimaba y cuidaba como a una niña, y me rodeaba de una atmósfera afectuosa y protectora.

—No volverás a hacerlo más, ¿verdad, pequeña? —me dijo dulcemente, en cuanto volví a la consciencia.

¿Qué era lo que no debía volver a hacer? Mi mente no se encontraba en aquellos momentos como para resolver jeroglíficos.

—Te tomaste un tubo de barbitúricos. Pat. Y eso no está bien —me dijo—. Afortunadamente, la señora Green penetró en tu alcoba. Estabas en el suelo, con el tubo de los comprimidos todavía apretado en tu mano izquierda... ¡Pobrecilla mía! ¡Has sufrido tanto!

Peinó cuidadosamente mis cabellos, arregló mi almohada y acarició mis mejillas.

Yo necesitaba una mano amiga, más que ninguna otra cosa en este mundo.

Lloré con su mano sobre mis ojos y le prometí que no volvería a intentar quitarme la vida.

En realidad, yo no recordaba nada.

Pero en el estado de ánimo en que me encontraba cuando abandoné el

despacho del doctor Goforth, todo era posible.

Transcurrió una semana entera.

Tía Louise seguía cuidándome incansablemente.

A pesar de su carácter rudo, para mí era dulce y leve como una madre.

Durante el día, el teléfono de la habitación a la que había sido trasladada cuando me encontré fuera de peligro, sonaba constantemente.

Tía Louise, con voz enérgica, dirigía sus negocios de Mountown, de los que se encargaba durante su ausencia un hombre llamado Willow, un contable de su confianza.

En cuanto al primo Harvey, venía una o dos veces por día a verme y luego se marchaba.

Tía Louise le disculpaba con una sonrisa indulgente.

—A pesar de sus treinta y tres años, Harvey es un crio. ¡Imagínate, ha vivido toda su vida en un lugar tan pequeño como Mountown! Para él, Londres supone toda una aventura... No se cansa de recorrer sus calles, de trapichear en el Soho y de... Pero, bueno, eso es cosa suya. Harvey es ya un hombre hecho y derecho.

Poco a poco, mi ánimo iba acomodándose a la realidad.

No valía darle vueltas. Por el momento, y si no ocurría un milagro, yo seguiría siendo una inválida.

Luego pensé en tía Louise.

Cada día, ella despachaba telefónicamente con su apoderado Willow, el cual no debía llevar a plena satisfacción su almacén de ferretería, a juzgar por el tono de reconvención con el que mi tía hablaba siempre con él.

Yo me había encariñado mucho con tía Louise.

Y ella se merecía mi afecto.

Durante las largas horas de convalecencia, ella se preocupaba constantemente de encargarme revistas y novelas, me había comprado un pequeño televisor portátil y cuando yo me aburría de todo ello, tía Louise se las arreglaba para mantenerme distraída con sus narraciones acerca de la vida pueblerina en Mountown.

—Tengo que compensarte de alguna forma, tía Louise le dije un día—. Has descuidado tus negocios, tu casa, tu hijo...

Me miró con una sonrisa burlona.

—¿Sabes una cosa? Tu padre tuvo la humorada de legarme veinte mil libras en su testamento..., aunque yo jamás simpaticé con él, debo confesarlo. Pero era un buen hombre y siempre le respeté. Una vez se enfadó mucho porque no vine a esta gran ciudad a cuidar de tu madre y de ti... Pero yo estaba en el hospital. Acababa de perder un hijo y sufría una hemorragia que estuvo a punto de llevarme al otro mundo...

Me incorporé un poco en la cama, vivamente interesada.

—¿Por qué no se lo dijiste a papá? —pregunté, estupefacta.

—Pues... siempre he sido una mujer muy testaruda. Yo debía haberle dado otro hijo a mi esposo y... lo perdía. Me sentía... ¿cómo explicártelo? Me sentía

frustrada por ello. Tu padre me consideraba una campesina con pocas luces y... no quise darle ninguna explicación. Eso fue todo. Pero a tu padre le sentó muy mal y desde entonces...

Me sentí muy emocionada.

—Querida tía Louise —exclamé—, ¡Te debo tanto.. ! Desde luego, debo compensarte por todo lo que has perdido al cuidarte de mí. ¿Sabes una cosa? Pienso regalarte cien mil libras.

Yo, naturalmente, esperaba que tía Louise se sorprendiera, que prorrumpiese en bendiciones, que me besase las manos...

Pero prorrumpió en una alegre carcajada.

—Mi querida Pat... ¿Y qué haría yo con tanto dinero? —exclamó. Luego —: Tenemos un almacén de ferretería importante, que abastece a casi toda la comarca. Ganamos unas seis mil libras anuales y Harvey tiene el legado de su padre: unas sesenta mil libras. ¡Nos sobra con lo que tenemos! Harvey no es un hombre manirroto ni dado a ningún vicio en particular, y yo... ya ves que soy una pueblerina nada presumida. Créeme, pequeña mía, ni Harvey ni yo ambicionamos dinero.

—Pero...

—No volverás a hablar de ello, tienes que prometérmelo —suplicó tía Louise, con una dulce sonrisa en su rostro de facciones angulosas.

—Como quieras. Sin embargo, de esta forma no sé si me atreveré a pedirte que vengas conmigo a Selby Site —dije.

Tía Louise se extrañó mucho.

—¿Piensas ir a vivir a ese apartado lugar, hijita? —exclamó—. Desde luego, no quiero influir en tu ánimo, pero en Londres estarás mejor cuidada y asistida.

—Es posible —respondí—. Pero muy pronto mis amistades comenzarán a interesarse por mí. Telefonearán, intentarán visitarme por todos los medios... ¡Y no estoy dispuesta a que me compadezcan, a que murmuren hipócritas palabras de consuelo...! ¡No, no pienso soportarlo! En Selby Site me encontraré a gusto, completamente aislada.

—Pero, querida, ¡aquel lugar debe ser tan triste en otoño! ¿Quién va a cuidar de ti? —exclamó, apenada.

Tomé una de sus manos y la oprimí desesperadamente.

—¡Ven conmigo, tía Louise! Lo confieso, ¡no sabría qué hacer sin ti! —gemí.

—Pero, pequeña, el almacén de ferretería no marcha demasiado bien en manos de ese borrachín do Willow. Ha contratado a más dependientes de los necesarios, les paga cuanto piden y todo anda manga por hombro. Sólo cuando Harvey y yo estamos allí, el negocio marcha como es debido —respondió.

Me incorporé, muy excitada, sobre el lecho.

—¿Por qué no lo vendes o arriendas? A mí me sobra el dinero, tía Louise, y lo compartiré con vosotros. No necesitáis vivir de esa ferretería. ¡Te lo

ruego, tía, sólo te tengo a ti! —clamé, desalentada.

Acarició mis mejillas y sonrió dulcemente.

—No te prometo nada, Pat, pero hablaré con Harvey. Si él no tuviera inconveniente en venir a Selby, por mi parte estoy dispuesta a acompañarte. Nunca me perdonaría dejarte desamparada en estas tristes circunstancias.

Me sentía tan emocionada y contenta, que no fui capaz de articular una sola palabra.

Pero mis lágrimas humedecieron sus manos y mis labios las besaron, ebria de agradecimiento.

Cuando Harvey vino a visitarnos al atardecer, tía Louise salió a despedirle al pasillo, una hora más tarde.

Cuando volvió junto a mí, su rostro reflejaba satisfacción.

—¡Alégrate, Pat! Harvey ha accedido a vender la ferretería y piensa acompañarnos a Selby Site. Refunfuñó un poco cuando se lo pedí. Le dolía desprenderse del negocio que su padre creó con grandes sacrificios, pero finalmente comprendió que no podíamos abandonarte y me ha prometido que viajará a Mountown para realizar las gestiones necesarias —me informó.

Estuve a punto de gritar de alegría.

-Queridísima tía Louise, nunca podré compensarte suficientemente por tus desvelos —exclamé, sinceramente emocionada.

—¡Ea, no seas niña y no vuelvas a repetir esas cosas! —Exclamó con su habitual rudeza—. Sólo debes pensar en descansar, en recuperarte.

A finales de setiembre abandonamos el hospital.

Como yo había intentado suicidarme, debí responder a las preguntas que me hizo un inspector de Scotland Yard.

—El juez Sellers pensaba recriminarla personalmente, lady Selby. Sin embargo, y por consejo de su médico, se limita a recomendarle a través de mí mismo que reconsidere los motivos que la impulsaron a envenenarse, que reflexione serenamente y prometa no reincidir.

—Lo prometo —respondí con sorprendente humildad.

—En tal caso, eso es todo, lady Selby —respondió el policía. Y se marchó.

Yo tenía mucha prisa por abandonar Londres, porque sabía que en seguida iban a llover las llamadas telefónicas y las visitas.

—Lady Selby no puede ponerse al aparato ni recibe visitas —decía mi tía, cada vez que sonaba el teléfono.

Hice venir a Vance y le hice saber que él y la señora Green vendrían con nosotros a Selby Site.

Le notó embarazado y le rogué que se explicase.

—Lady Pat, ya ¿abe que tenemos cuatro hijos. Todos son pequeños y me echarían de menos. Por otra parte, mi esposa me necesita aquí, en Londres. Yo le suplicaría...

—Está bien, Vance. No hay más que hablar: comprendo tu situación.

—Si estima procedente despedirme, yo lo aceptaría sin protestar —expresó el chófer.

—¿Quién ha hablado de despedir a nadie? —grité, falsamente enfadada—. Vamos, Vance, tú sabes que seguirás en tu puesto hasta que te caigas de viejo. Permanecerás en Londres y te ocuparás de vigilar esta casa en mi ausencia.

Vance comenzó a pronunciar palabras de agradecimiento, pero le hice callar con cierta brusquedad.

—Necesito algo más de ti. Que me busques un nuevo conductor —pedí.

—Creo que tengo al hombre que le conviene, lady Pat —se apresuró a declarar Vance—. Se trata de Clifford Payne, un joven de unos veinte años. Es un hombre educado y culto, que acaba de despedirse de la empresa en que trabajaba como chófer y busca un nuevo empleo. Se lo recomiendo, es un buen amigo y un hombre muy entendido en automóviles.

—Me basta con que tú me lo recomiendes. ¿Puedes hacerle venir, Vance? —rogué.

—En seguida, lady Pat —respondió.

CAPITULO V

Harvey, que se sentaba a mi lado, no pronunció una sola palabra durante el camino.

Cuando le preguntaba alguna cosa, respondía con un monosílabo y forzaba una sonrisa.

Supuse que no le hacía mucha gracia sepultarse en un lugar tan alejado como Selby Site y que sólo había accedido a ello ante los continuos ruegos de su madre.

Era lógico: Harvey no era un hombre muy atractivo, pero tenía juventud, salud y dinero suficiente para permitirse ciertas aventurillas que iban a resultarle muy difíciles en Selby Site.

Tía Louise, por el contrario, se mostraba solícita, atenta, encantadora. Y parecía disfrutar mucho con el viaje.

Yo apretaba entre las mías una de sus manos, íntimamente confortada por su presencia y su constante cariño.

En la parte delantera viajaban Cliff Payne y mi ama de llaves, la señora Loretta Green.

Cliff, mi nuevo chófer, era un hombre muy apuesto.

Tenía el cabello negro, muy prieto y espeso, un tanto rizado.

Muy bronceado, sus facciones eran perfectamente latinas a pesar de su apellido.

Sus ojos eran castaños, tan claros que yo jamás había visto otros igual.

Por lo demás, Cliff Payne daba una confortante sensación de juventud y seguridad, tan musculoso y atlético, tan fuerte y fácil de movimientos.

Me había tomado como una pluma en sus brazos, para depositarme en el coche. Y me sentí a gusto entre ellos, notando su fresco aliento sobre mi rostro y la consistencia de su duro pecho contra el mío.

No era muy hablador, desde luego.

Había pronunciado las palabras precisas, desde que emprendiéramos el viaje aquella mañana.

Yo le observaba con gran atención. Y me preguntaba si el hermetismo de mi nuevo chófer se debería a algún problema personal.

Descendíamos de las Borfolk Mountains y yo me puse rígida bruscamente y grité:

—¡Por el amor de Dios, Cliff, aminore la marcha...!

Payne me dirigió una penetrante mirada a través del espejo retrovisor.

—Viajamos a sesenta kilómetros por hora, lady Selby —respondió con voz serena.

De todas formas, debió levantar el pie del acelerador, porque el coche redujo aún su velocidad.

Rompí en un gemido desgarrador.

—Calma, querida —susurró mi tía—. ¿Por qué ese llanto?

—Papá y mamá... encontraron la muerte... ahí —respondí entre hipidos.

Harvey pronunció una maldición y su madre le dirigió una intensa mirada de reconvención.

Poco a poco me fui serenando. Habíamos traspasado la fatídica cuesta sin novedad.

Llegamos a Selby Site una hora después.

Nuestra casa de campo era mitad residencia, mitad castillo medieval. En realidad, se había partido de una fortaleza y posteriormente se le habían añadido nuevas alas y el tejado de pizarra, complementos que en nada desmerecían del conjunto.

Mi padre se había ocupado de mantener siempre aquella casa en perfecto estado, pues en cuanto advertía el menor signo de ruina, hacía venir una cuadrilla de albañiles que recomponían cuidadosamente el insignificante desperfecto.

Selby Site estaba rodeado de colinas, campiñas y feraces campos de labor, y situado a poco más de diez kilómetros de distancia de la pequeña localidad de Hillville.

A unos dos kilómetros de Selby Site, Cliff frenó suavemente junto a la cuneta.

—¿Por qué nos detenemos? —pregunté.

—Ha debido ocurrir un accidente, lady Selby —respondió.

En efecto, dos campesinos parecían montar guardia junto al cuerpo de un hombre caído en tierra.

—Es Dereck Quincy —dijo uno de los hombres—. Algún automóvil debió atropellarlo. Está muerto.

Yo recordaba a Dereck Quincy. Era un hombre de unos cincuenta años, escuálido y sempiterno borrachín, que solía hacer recados a las gentes de Hillville a cambio de unos peniques o de un trago.

Me asomé.

Y me estremecí de horror al contemplar aquel rostro barbudo cubierto de sangre reseca.

—¿Podemos hacer algo por ustedes? —pregunté, con un leve temblor de labios.

—Nada, lady Selby. Hemos enviado aviso al pueblo. Estamos esperando al juez —respondieron.

Cliff reemprendió la marcha.

Pero la imagen de Dereck Quincy con sus ralos mechones canosos empapados en sangre me acompañó durante el resto del día.

En Selby Site nos esperaban Conrad Wesley, mi administrador, y el guardabosques, Arnold McRae.

Wesley era alto, delgado y magro. Su rostro estrecho, siempre pálido, no despertaba simpatías precisamente, pero era un hombre honrado y muy experto en cuestiones administrativas.

En cuanto a McRae, era un hombre bajo y macizo, de rostro redondo y un

enorme mostacho canoso.

Ambos me dieron la bienvenida. Entretanto, Cliff sacó y montó mi silla de ruedas plegable, me tomó en sus brazos y me acomodó en ella.

Wesley, hombre prevenido, había ordenado a los albañiles que dispusieran una rampa a la entrada de la mansión, de modo que facilitara mis movimientos desde la silla de ruedas.

Entramos.

Poggy McRae, la mujer del guardabosques, se había ocupado de mantener la gran casa en orden y muy limpia.

Tía Louise echó un vistazo a la casa y distribuyó las habitaciones entre todos los que habríamos de vivir en ella.

Recorriendo aquellas estancias en pos de mi tía, los recuerdos acudieron presurosos a mí.

Recuerdos de alegres galopadas a través de la campiña, de entrañables veladas transcurridas en compañía de mis padres y algunos invitados, al amor de la lumbre» sucesos todos ellos salpicados de anécdotas amables.

Sentí un intenso escozor en los ojos, pero me esforcé en contener las lágrimas.

Tenía que aceptar la realidad: papá y mamá habían muerto y yo debería aceptar mi invalidez.

Necesitaba olvidar, relajarme, recuperar mi tranquilidad interior.

Cenamos en el enorme comedor de la planta baja, el administrador, tía Louise, mi primo Harvey y yo.

Me hubiera gustado invitar a mi mesa a Cliff Payne, pero comprendí que mi tía se sentiría incomodada por ello.

La cena fue rápida y silenciosa.

Wesley, mi administrador, había intentado distraerme en varias ocasiones con algunos comentarios acerca de las cosechas y el ganado.

Fingí prestar amable atención a Wesley, pero la verdad era que yo me sentía invadida por la tristeza y la desesperanza.

Tendría que ser muy paciente conmigo misma. ¡Ojalá la paz y el silencio que se respiraban en Selby Site consiguiesen traer la serenidad a mi espíritu...!

Tía Louise me había reservado la mejor alcoba en el piso bajo, con el fin de facilitar mis movimientos.

Tras una breve sobremesa, dije que me sentía fatigada y tía Louise empujó mi silla de ruedas hasta mi alcoba.

Me ayudó, afectuosa, a desvestirme y no se detuvo hasta dejarme en la cama.

—Yo dormiré en la alcoba próxima, querida. De forma que, si necesitas algo, no tienes más que llamarme. Tengo el sueño muy ligero y acudiré en seguida —advirtió.

Me besó en la frente, sonrió levemente y se marchó.

No tardé mucho en quedarme dormida, puesto que era cierto que me sentía muy cansada, como consecuencia del viaje y las emociones suscitadas en el

trayecto.

Supongo que serían entre dos y media y tres de la madrugada cuando algo me despertó sobresaltada.

A oscuras, inmóvil, sin osar extender una mano para encender la luz, apresté el oído.

Oí un rumor horrible, semejante a un chocar de dientes.

¡Y unas zarpas rozaron la colcha del lecho...!

Quise gritar, pero el espanto me impidió hacerlo.

Noté un fuerte tirón y la ropa de mi cama me fue arrebatada violentamente.

“Tengo que dominar mi miedo", me dije, frenéticamente dispuesta a conservar mi equilibrio emocional, pese a todo.

Me incorporé sobre los codos lentamente y, luego, veloz, alargué la mano y encendí la lámpara de la mesilla de noche.

No vi a nadie, aunque la ropa de mi cama formaba un pequeño montón a los pies del lecho.

Pero si oí un jadeo agónico y el horrendo rechinar de dientes.

Me estremecí de miedo y de frío.

¿Por qué no grité pidiendo auxilio? Tía Louise hubiera abandonado su lecho inmediatamente para volar en mi auxilio.

Quizá pretendía probarme a mí misma, comprobar hasta qué extremo era capaz de dominar mis nervios...

El chirrido de dientes cesó.

Luego...

¡Dos zarpas peludas se apoyaron sobre el borde del lecho!

Mis manos se crisparon sobre la almohada y mis labios temblaron.

Muy despacio, con una lentitud angustiosa, vi surgir sobre el borde de la cama, unos cabellos hirsutos, enhiestos, pegajosos..., impregnados de sangre ya seca.

Mis nervios se desataron y el alarido brotó de mi garganta, vibrante, y su eco se escuchó en los largos pasillos inferiores de Selby Site.

La horrible figura que acababa de surgir a los pies de mi cama correspondía a una persona muerta...

A Dereck Quincy, el borrachín de Hillville, cuyo cadáver había contemplado aquella misma tarde al borde la cuneta, en la carretera.

Quincy rodeó el lecho.

Sus dientes amarillentos chocaban entre sí, produciendo aquel rumor escalofriante.

Me encogí sobre mí misma, temblando como una hoja agitada por el más furioso vendaval.

Y volví a gritar hasta que mis pulmones quedaron sin aire y mi garganta se sintió desgarrada.

El espectro de Dereck Quincy elevó las velludas zarpas y avanzó sobre mí.

No sé cómo pude sacar fuerzas de flaqueza, pero de repente alcé la almohada y se la lancé con fuerza al rostro ensangrentado.

De un manotazo, la aparición derribó la lámpara y la difusa luz se extinguió.

Transcurrieron unos segundos.

Alguien se debatía en el suelo, produciendo terroríficos gruñidos. Y, luego, los gruñidos bestiales cesaron y se oyó un rumor de rápida carrera en el pasillo.

La puerta se abrió violentamente.

A contraluz del resplandor que brotaba en el pasillo, reconocí la silueta de Cliff Payne, que llevaba una linterna en la mano.

El chorro de la lámpara me cegó.

—¿Le ocurre algo, lady Pat? —oí su voz vibrante, llena de inquietud.

—¡Por amor de Dios, Cliff! ¡Encienda la luz! ¡Alguien penetró en mi alcoba y me atacó...! —grité.

Rápidamente, Cliff se volvió y buscó, con el chorro de su linterna, el interruptor de la lámpara central.

La fuerte luz me obligó a parpadear.

Cliff avanzó y me miró.

—No veo nada —susurró, tras dirigir una rápida ojeada alrededor de la pieza.

— ¡Estaba aquí, aquí! —grité—. Y... ¡oh, Dios mío! Era horrible, con el rostro completamente cubierto por costras de sangre reseca...

Cliff se inclinó a la derecha y apartó los cortinajes. Los visillos, blancos y delicados, se movieron levemente.

La ventana que daba al patio interior de Selby Site estaba entreabierta.

Cliff la abrió del todo y dirigió el chorro de su linterna hacia el oscuro patio.

—Nada. No se ve a nadie —declaró.

Y me miró con una expresión extraña.

En aquel momento, tía Louise penetró corriendo en mi alcoba.

Vestía una larguísima bata hasta los pies y había deshecho su rígido moño, de forma que ahora sus cuidados cabellos trigueños caían atractivamente en cascada sobre sus hombros.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó muy inquieta—. Me pareció oír un grito, pero supuse que se trataba de una pesadilla... Luego salté fuera de la cama y esta condenada bata se me enredó en los pies y me caí...

Entonces pareció reparar por vez primera en Cliff Payne y su expresión se tomó severa.

—¿Qué hace este hombre aquí? — preguntó.

—Oí gritar a lady Selby y corrí a ayudarla. Eso es todo —respondió Cliff, cuadrados sus anchos hombros.

—Está bien. Vuelva a su habitación —ordenó mi tía, autoritaria—. Yo me ocuparé de lady Pat.

Las bronceadas facciones de Cliff se crisparon.

Luego me dirigió una rápida y penetrante mirada y preguntó:

—¿Se encuentra bien, lady Pat? Si me necesita...

Me hubiera gustado mucho que Cliff hubiera montado guardia durante toda la noche en el pasillo.

Me inspiraba confianza su mirada serena, recta, abierta. Y su aplomo, la seguridad con que rodeaba todos sus actos.

Pero tía Louise, anticuada y puritana, estaba allí, vigilante.

—Estoy bien, Cliff —respondí—. Debe irse a descansar. Le agradezco...

En cuanto el chófer hubo abandonado mi alcoba, tía Louise se apresuró a cerrar la puerta por dentro y se aproximó a mi lecho.

Con toda dedicación, rehízo mí cama y me cobijó amorosamente entre el rebozo.

Luego, se deslizó rápidamente hasta la ventana y la cerró con un ademán enérgico.

Al cabo de lo cual, se sentó en el borde del lecho, acarició mis mejillas con suavidad y dijo:

—¿Qué ocurrió, querida Pat? ¿Alguna pesadilla, tal vez? ¡Te he velado tantas noches...! Y tu sueño es siempre tan agitado... Pero todo se arreglará, estoy segura de ello —su voz monocorde, suave, plena de inflexiones maternales, tenía la virtud de sosegarme—. Muchas noches te he oído repetir un nombre..., Percy. Debe formar parte de algún recuerdo de la infancia, ¿verdad, querida? Vamos, relájate, pequeña mía... Así. Todo fue un mal sueño, ¿no es cierto?

Me alcé con un supremo esfuerzo sobre el lecho.

—¡No fue ningún sueño, no hubo ninguna pesadilla! —Exclamé, alzando la voz—. ¡Dereck Quincy estuvo aquí! Su aspecto, era abominable. Estoy... estoy segura de que quiso asesinarme. Por fortuna, Cliff se presentó cuando... cuando... todo parecía...

Tía Louise me había tomado por los hombros. Suave, pero enérgicamente, me devolvió al lecho.

—No quiero que deposites tu confianza en ese joven, Payne. Hay algo en él que me repele... Su hermetismo, su rigidez, esa actitud suya, como si permaneciera siempre a la escucha como un espía... En cuanto a tu inquietud, querida Pat... No debes temer: ha sido una pesadilla. Dereck Quincy debe estar a estas horas en el depósito de cadáveres, esperando la autopsia. Está muerto, querida. Convéncete: los muertos no pueden dañar a los vivos, a las personas como tú o yo.

—Pero... —intenté protestar.

—Duérmete, pequeña mía —me atajó tía Louise con dulzura—. Tu pesadilla no es sino el resultado de ese pesadísimo pato al ron que nos preparó la señora McRae para la cena. Yo también he soñado... He tenido una noche de lo más agitada. Vamos, Pat, querida, descansa; yo velaré tu sueño.

Y me quedé dormida.

CAPITULO VI

Me desperté con un sobresalto.

Pero el sol, tibio, penetraba a través de los visillos y hasta mi llegaba el trinar de los pájaros que solían cobijarse bajo el alero, en el patio.

"Es preciso no hacer demasiado caso de los sueños", pensé. Y mi ánimo se tornó más ligero.

La señora Green me trajo un abundante y rico desayuno poco después. Aún no teníamos doncella, pero el señor Wesley, mi administrador, me había prometido ocuparse de ello en seguida.

Tía Louise penetró poco después en mi habitación. Y me sorprendió escuchar la alegre cancioncilla que tarareaba entre dientes.

Para que mi sorpresa fuera aún mayor, también se permitió marcar unos airosos pasos de baile. Tras lo cual corrió hasta mi lecho y me abrazó y besó cariñosamente.

—¿Verdad que es un día espléndido, querida Pat? —Exclamó, exultante de alegría—. Harvey ha tomado un viejo “Talbot" que había en el garaje y se ha ido a hacer algunas compras a Hillville. ¡Ya sé, ya sé! —Agregó con indulgencia—. Aunque él nunca se confía a mí, estoy segura de que tratará de forzar alguna pequeña aventura con alguna moza coqueta. Pero es que Harvey... ¡tiene una mentalidad tan juvenil!

Mis brumas nocturnas se alejaban, el temor y la angustia de la noche anterior se esfumaban rápidamente al compás del ambiente vital que parecía respirarse en Selby Site aquella luminosa mañana otoñal.

Auxiliada por tía Louise, me vestí rápidamente. Mi tía, por otra parte, era irreemplazable: nadie como ella para cuidar de mí, de una pobre inválida.

Pero... ¡ea!, como ella solía decir. Había que mostrar la faz alegre, agradable y gozar de cada momento de sol y de aire puro como si en ello me fuese la vida.

Permití que me peinase ligeramente y en seguida me acomodó sobre mi silla de ruedas y yo volé pasillo adelante hasta llegar a la cocina.

Saludé alegremente a la señora McRae —la esposa del guardabosques— que se movía rápidamente en la cocina, y también a la entrañable señora Green, a la que besé afectuosamente en ambas mejillas.

Pero Loretta Green, aquella fiel servidora, parecía preocupada. Yo la conocía bien y me bastó ver sus labios apretados y su frente fruncida para comprender que se sentía tensa y disgustada.

Sin embargo, yo no quería echar a perder mi magnífico humor matinal y abandoné la cocina, haciendo girar con ímpetu los manubrios cromados de las ruedas de mi silla:

Rápidamente me deslicé a lo largo del pasillo y abandoné la mansión.

Junto a los garajes y las caballerizas, Cliff Payne estaba repasando el “Cooper".

Fui acercándome a él despacio, despacito, para sorprenderle.

Era un muchacho muy atractivo.

En la tibia mañana de otoño, Cliff vestía un ligero suéter muy ceñido que se adhería a su atlética espalda como un guante.

Me sorprendió mucho cuando, a unos diez metros de distancia, él me saludó con un rápido “buenos días, lady Pat", sin sacar la cabeza del motor que estaba inspeccionando.

—¿Cómo adivinó que me aproximaba? —pregunté, asombrada, cuando me detuve junto a él.

—La brisa sopla hacía aquí. Olfateé su perfume... "Chanel, Reve d’amour”, ¿no es cierto? —sonrió.

Mi sorpresa se acrecentó.

Porque... ¿desde cuándo un chófer puede demostrar conocimientos tan profundos de alta perfumería?

Di una vuelta alrededor y contemplé, confortado el corazón, los cuidados macizos de flores que rodeaban la mansión.

Volví junto a Cliff. Su presencia me hacía sentirme segura, acompañada.

—Siento mucho haber interrumpido su descanso anoche, Cliff —dije—. Por fortuna, no fue más que una desagradable pesadilla.

Cliff me miró fijamente.

—¿Pesadilla? La verdad es que sus gritos me lucieron saltar de la cama de un violento respingo. Inmediatamente pensé: “alguien está en peligro de muerte”. Esa fue mi sensación. Y lo que vi cuando volví a mi habitación...

—¿Qué vio? —pregunté ansiosa.

—Alguien corría, como alma que lleva el diablo, hacia aquel bosquecillo de pinos —Cliff señalaba en dirección a la colina situada a unos quinientos metros—. Yo hubiera jurado que era un hombre, pero no puedo asegurarlo, puesto que ahora la mayoría de las mujeres usan pantalones...

—Sólo fue una pesadilla, Cliff. Y estoy segura de ello porque creí ver a... Dereck Quincy, el hombre que murió aplastado por un automóvil ayer por la tarde —respondí inmediatamente.

—En tal caso... —murmuró Cliff, confuso.

—Olvidémoslo —propuse—. ¿Qué tal un paseo en automóvil por los alrededores? Las carreteras y los caminos de esta comarca suelen ser muy tranquilos y los paisajes poseen una belleza incomparable. ¡Y el día es tan hermoso...!

—Estoy a sus órdenes, lady Pat —respondió Cliff, distante pero cortés.

—En tal caso —sonreí—, tómeme en sus brazos, déjeme en el coche y... ¡adelante!

Cliff parecía embarazado.

—¿Está... está segura de que puede abandonar Selby Site? -arguyó—. La señora Palmer...

Mi impetuoso carácter salió a relucir en seguida.

—Escuche, Cliff —declaré—. Yo soy la dueña de esta casa, de este coche,

y... soy también la persona que le paga. Desde luego, no voy a obligarle a que me tome en brazos y me deje en el “Cooper”, pero si es necesario... Yo podría...

El me detuvo antes de que me arrojase impulsivamente fuera de mi silla de ruedas.

—Calma —dijo Unicamente—. Yo la ayudaré.

Se estaba bien en los brazos de Cliff Payne y puedo asegurar que ningún sentimiento erótico influía en aquel bienestar.

Sólo que Payne era un joven que emanaba vigor, eficacia y seguridad.

Poco después corríamos a .velocidad moderada a lo largo de una estrecha carretera festoneada por macizos de arbustos verde brillante.

El automóvil descendió por el valle de Borfolk hasta la pequeña y rústica comarca de Evergreen.

Una hora después, atravesábamos Badington. Hice una seña a Cliff y éste frenó con suavidad frente a un mesón llamado El Primer Trago.

—Tengo hambre —declaré jubilosa—. ¿Quiere que almorcemos juntos, Cliff?

Sus facciones latinas brillaban al sol. Parecía risueño.

Yo también tengo hambre —respondió, con un gesto expresivo.

Fue un rato inolvidable.

Cliff no era tan huraño como podía parecer a la primera ojeada. Por el contrario, era un hombre que derrochaba vitalidad mediante el gesto, la palabra o las miradas de sus clarísimos ojos castaños.

Cuando abandonábamos El Primer Trago, Cliff me hizo una pregunta de sopetón:

—Discúlpeme, lady Pat, pero... ¿es cierto que no puede andar?

—Es evidente —respondí con amargura—. Pero... Su pregunta...

—Perdóneme, pero... —parecía muy tímido y embarazado—. Cuando la tengo en mis brazos, su cuerpo..., ¡ejem!, y también sus piernas, naturalmente, vibran bajo mis dedos como si tuvieran vida. He llegado a pensar que...

Me tomó en sus brazos y permaneció un momento inmóvil, como si quisiera comprobar de nuevo la verdad de cuanto había afirmado un momento antes.

—Es cierto —ratificó excitado—. Noto una vibración bajo la piel de sus piernas. ¿Cómo es que no puede moverlas, lady Pat?

Yo no me atreví a responder. Y Cliff, comprendiendo quizá mi estado de ánimo, me dejó caer con gran cuidado sobre el asiento del coche.

Poco después emprendíamos el regreso a Selby Site.

Imaginaba que tía Louise iba a enfadarse mucho conmigo, puesto que ni siquiera la había advertido de nuestra salida. Pero no ocurrió así.

El clima otoñal, voluble, cubrió de nubarrones el limpio cielo, mientras regresábamos a casa.

Y poco después comenzó a diluviar con la intensidad que yo conocía de anteriores estancias en Selby Site.

Llegados allí, Cliff me puso sobre mi silla de ruedas y yo corrí a gran velocidad hasta la casa.

Puse mi mejor sonrisa, con el fin de desagraviar a tía Louise. Pero no la encontré en mi camino.

Entonces recorrí el pasillo en toda su longitud y penetré en la enorme cocina.

En un extremo, junto a los fogones, estaba la señora McRae, tan pálida como la cera.

Un poco más allá, apoyada en el quicio de la bodega y temblando de ansiedad, vi a mi tía.

Luego, tía Louise se apartó y murmuró:

—¡Dios mío. Dios mío, qué desgracia!

Di un leve impulso a las ruedas para avanzar y ya me disponía a interpelar a las dos mujeres, cuando vi aparecer al primo Harvey, que ascendía, de espaldas, la escalera del sótano.

El ambiente era tenso, dramático.

Y un momento después comprendí que algo terrible acababa de suceder: Harvey, el guardabosques y

Conrad Wesley llevaban en sus brazos el cuerpo de la señora Green, mi ama de llaves.

Ajenos a mi presencia, los tres hombres se inclinaron con gran cuidado y descendieron a la señora Green.

Su espalda crujió con espeluznante resonancia cuando la dejaron sobre el limpio suelo de la cocina.

Era evidente que su espina dorsal estaba rota.

En realidad, estaba muerta.

CAPITULO VII

El día se había iniciado bajo el signo de la alegría, pero terminó con un hondo sabor a tragedia.

La infeliz señora Green había muerto accidentalmente, de ello no cabía ninguna duda.

Como quiera que yo me había desmayado al escuchar aquel horrible crujido de la espalda de la señora Green, ello me ahorró la amargura de los primeros momentos.

Mi tía, que padecía un tremendo ataque de nervios, supo imponerse a sus propias sensaciones para acudir en mi ayuda.

Entre ella y la señora McRae me llevaron a mi alcoba, me acostaron y trataron de hacerme volver en mí.

Sin embargo, no permitieron que abandonase el lecho hasta que, al atardecer, un miembro de la policía de Hillville insistió en hacerme unas preguntas.

Mientras empujaban mi silla hacia el salón noble, supe que Cliff se había encargado de telefonear a la policía e incluso de traer en mi coche al inspector McClure, al médico-forense doctor Herb Raperty y al coroner (*Coroner: en los países sajones, oficial que realiza la inspección jurídica de los cadáveres*) Donovan Klerkency, a todos los cuales conocía yo desde niña.

El caballero que fumaba un cigarrillo tras otro era el inspector McClure, un individuo de aspecto macizo y rostro descolorido.

Junto a la chimenea —la temperatura había descendido notoriamente— vi al delgado doctor Raperty y al coroner, robusto y rubicundo.

Los tres me saludaron cortésmente. Y, luego, fue McClure quien vino a mi lado.

—No queremos molestarla mucho, lady Pat. Sabemos que su estado de salud no es tan bueno como desearíamos y por ello... Bien, sólo quiero hacerle algunas preguntas —pronunció con tono oficial.

—Hágalas —respondí.

—Seré muy breve. Sólo quiero saber —McClure bajó la voz hasta convertirla en un susurro— si sospecha de alguien.

—¿A qué se refiere? O mejor dicho, ¿a quién? —inquirí.

Esa es una buena pregunta, inspector McClure —dijo Klerkency, flemático.

El policía se puso rojo como una cereza. Pero se rehízo en seguida y me hizo comprender que lo que necesitaba saber era si sospechaba de alguien que tuviera motivos para matar a la señora Green.

—Por supuesto que no —contesté tajante—. La señora Green era... una mujer excelente, leal, afectuosa y sencilla. Por lo demás, las ancianas de sesenta y tantos años, como ella, no suelen atraer muchas antipatías, sino, por el contrario, la comprensión y el afecto.

—En tal caso, eso es todo, lady Pat —decidió McClure—. Lamentamos que...

Se fueron poco después, una vez consumida la botella de viejo jerez que tía Louise había puesto a su disposición en el confortable refugio del salón noble.

Unas botellas de jerez habían costado la vida a la pobre señora Green.

Según me contaron, quince minutos antes de que Cliff y yo regresáramos a Selby Site, tía Louise, la señora Green y la señora McRae se encontraban en la cocina, muy afanadas en la preparación de un almuerzo extraordinario.

—Por favor, señora Green —dijo entonces tía Louise—. Usted debe conocer bien las preferencias de lady

Selby en cuestión de vinos. ¿Quiere bajar a la bodega y traer algunas botellas?

Desde luego. Loretta se apresuró a obedecer. Abrió la puerta de la bodega y comenzó a descender la escalera con precaución, pues sus piernas se habían tornado ya pesadas y torpes.

—Escuchamos de repente un gemido y luego el rumor de su caída —me informó tía Louise, muy impresionada—. Poggy y yo tuvimos valor suficiente para descender a la bodega. Encontramos su cuerpo al pie de los peldaños. Tenía una postura grotesca, inconcebible. Y comprendimos que se había partido la espina dorsal...

Espantadas, las dos mujeres habían vuelto a la cocina, desde la que tía Louise llamó a gritos destemplados a Harvey, que había regresado de Hillville unos minutos antes.

Fue Harvey quien corrió a avisar al administrador y al guardabosques. Los tres descendieron a la bodega.

Wesley tomó el pulso de la señora Green y dictaminó, muy afligido:

—Está muerta.

* * *

Como he dicho, el día terminó impregnado de tristeza y congoja.

Poggy McRae y mi tía se reunieron en la habitación de la señora Green a rezar largas letanías, aunque el cadáver de la difunta yacía en la morgue de Hillville.

Entretanto, mi primo Harvey bebía whisky como una esponja, en el salón, y yo recorría los pasillos como un alma en pena rodando sobre mi silla.

Ni siquiera podía contar con la compañía de cutí, que había viajado a Hillville para transportar a McClure, el doctor Raperty y el coroner.

Yo sentía un temor instintivo a encerrarme en mi habitación. Por ello, y aunque me sentía fatigada, aguardé en el salón, donde mi primo Harvey seguía emborrachándose, impertérrito.

Al cabo, tía Louise vino a avisamos de que la cena estaba servida.

Apenas probé bocado, como es de suponer. Creo que mi falta de apetito no sólo se debía al fallecimiento de la infeliz señora Green, sino también a mi

preocupación por la inexplicable tardanza de Cliff, que debería haber estado de regreso media hora después.

El chófer había abandonado Selby Site a las siete y ahora eran cerca de las once de la noche.

Al fin y al cabo, Cliff «rilo tenía treinta años y era lógico que ansiase divertirse un rato en Hillville.

Tras la cena, tía Louise me preguntó si quería irme a la cama.

—Esperaré unos minutos aún —respondí.

A las once menos cuarto oímos unos pasos en el pasillo.

De repente, la puerta se abrió y alguien, a quien no reconocí al primer vistazo, penetró en el salón.

Exhalé un grito de horror al ver aquel rostro ensangrentado, los cabellos polvorientos y despeinados, las ropas desgarradas y sucias..

Era Cliff Payne.

—¡Dios mío! —gemí.

Wesley se puso en pie y corrió en socorro de Cliff, que se tambaleaba a punto de caer.

Le recostaron sobre un diván y yo misma me ocupé de limpiar su rostro y restañar sus heridas.

En realidad, no había sufrido daños de importancia. Sólo el rostro lleno de rasguños y hematomas, y el cuerpo magullado y surcado de profundos arañazos y escoriaciones.

—¿Qué le ocurrió, Cliff? —pregunté luego, asustada.

—Me tirotearon cuando descendía de las colinas de Carterpine —declaró.

—¿Quién fue? ¿Por qué.. ?

—No lo sé La persona que disparó varias veces sobre el coche debía estar oculta en uno de los bosquecillos que coronan las colinas. No pude ver a nadie, ni puedo discernir por qué atentaron contra mi vida.

—Afortunadamente, no llegaron a acertarle de un balazo... —comentó el administrador.

—Creo que nunca pretendieron matarme a balazos. El tipo que comenzó a disparar al iniciarse la cuesta, sabía muy bien lo que se hacía. Apuntaba a los neumáticos. Hasta que la rueda delantera derecha se deshinchó en pocos segundos. Intenté dominar la marcha del coche, pero al llegar a la próxima curva, el vehículo se despistó y rodó violentamente sobre una pedriza.

—¡Dios mío ! ¡Es horrible! —murmuré, impresionada.

—No podía hacer más que una cosa: saltar fuera del coche. Y salté. Rodé sobre el canchal y fui a detenerme treinta metros más abajo, sobre un macizo de matorrales espinosos. He quedado en el estado que pueden comprobar, pero los matorrales me salvaron la vida: dos metros más allá existe el tajo de una cantera. Es decir, una caída vertical de unos cincuenta metros —explicó Cliff—. Lamento tener que informarle, lady Pat, que el coche ha quedado completamente destruido.

¿Qué importa eso? El seguro me resarcirá por el coche, pero lo que

verdaderamente me inquieta es saber que... alguien ha tratado deliberadamente de matarle —exclamé.

—Sí —respondió Cliff, palpándose con cuidado su rostro deformado—. Hubiera sido un asesinato perfecto. Probablemente, la bala perforó el neumático y debió perderse. De haber muerto yo, las autoridades hubieran decidido que se trataba de un accidente casual, provocado por el fortuito reventón de un neumático. Y todos tan tranquilos...

—¿Cómo puede decir eso? —clamé—. Desde luego daremos parte del atentado a las autoridades. Llamaré por teléfono ahora.

Cliff se incorporó de un respingo sobre el diván.

—¡No! —gritó. Y añadió más sosegado—: Se lo ruego.

—Está bien, si lo prefiere así —respondí.

Pero inmediatamente me pregunté qué interés podría tener Cliff en ocultar el criminal hecho a las autoridades.

CAPITULO VIII

Aquella noche me desperté, muy inquieta, en varias ocasiones.

Supongo que aquella inquietud se debía a mis nervios sobreexcitados por los acontecimientos ocurridos el día anterior.

En una de aquellas ocasiones, me desperté sollozando como una niña.

Había tenido una pesadilla horripilante.

Me veía a mí misma vestida con una túnica negra, de la que sólo destacaba la mancha pálida de mi rostro demacrado.

Llevaba una larga guadaña entre las manos y vagaba como una sombra a lo largo de un vastísimo camposanto cubierto aquí y allá de tétricas losas funerarias.

Yo era La Muerte.

Agitando mi guadaña a izquierda y derecha, iba posando mis ojos fosforescentes sobre los nombres esculpidos en las lápidas.

“Sir William Selby...", leían mis ojos.

“Lady Sarah Selby.”

“Loretta Green"

“¡Clifford Payne...!”

¿Todos, todos ellos habían muerto ya...!

Yo era La Muerte. Mi simple presencia bastaba para provocar la desgracia y la tragedia...

Lloré, ya despierta, durante largo rato, hasta que la almohada quedó empapada de lágrimas.

“Creo que, en verdad, debo estar loca. Porque si no..., ¿cómo acuden a mi mente ideas tan demenciales?”, me dije, temblorosa.

Permanecí mucho tiempo despierta, en la oscuridad.

Porque tenía miedo de quedarme dormida y volver a soñar de nuevo con aquellas horripilantes escenas de muerte y desolación.

A la mañana siguiente desperté muy tarde.

Tía Louise estaba a mi lado, amable y solícita.

—Es casi el mediodía, querida —dijo—. Pero preferí dejarte dormir, imaginando que necesitabas descanso.

Desayuné sin apetito. Al término del desayuno, Wesley me preguntó si pensaba asistir a los funerales por el alma de la señora Green y contesté afirmativamente.

Así pues, Wesley me llevó en su coche a Hillville. Detrás de nosotros, rodaba el viejo “Talbot", conducido por Harvey, en el que viajaban Cliff, la señora McRae y tía Louise.

Volví a llorar en el sepelio.

En el pequeño camposanto de Hillville busqué con la mirada a Cliff, cuyo rostro había recuperado, en parte, su expresión normal, si bien su piel aparecía cubierta por las costras de los arañazos.

Le hubiera besado el lacerado rostro en un impulso incontenible de ternura.

Naturalmente, no lo hice porque hubiera resultado escandaloso y porque... Cliff se encontraba a diez metros de distancia.

El me dirigía frecuentes e insistentes miradas, por lo que deduje que trataba de ponerse en contacto conmigo.

Discretamente, fui apartándome, sobre mi silla de ruedas, del grupo formado por los habitantes de Selby Site.

Cliff se aproximó a mí. Le miré fijamente.

—Hable —pedí.

Sus ojos se achicaron al susurrar:

¿Cuál es su juego, lady Pat? ¿Qué clase de comedia es la que está interpretando sobre su silla de ruedas?

Parpadeé, muy sorprendida.

—¡Cliff! —respondí disgustada—. ¿A qué comedia se refiere?

Endureció su expresión.

—Conmigo no tiene que fingir —susurró—. Si precisa mi ayuda, la tendrá de forma incondicional, pero no necesitaba mentirme.

Mis facciones debieron alcanzar un tono próximo al escarlata.

—¿Mentir, fingir? ¡Dígame de una vez lo que sea y déjese de rodeos! —ordené autoritaria.

—Usted no es ninguna inválida —pronunció acusador—. Hacia las cuatro de la madrugada, usted vagaba por los corredores del piso superior; donde yo ocupo un dormitorio. ¿Aún sigue fingiéndose inválida? Sinceramente, lady Pat, me gustaría conocer sus razones.

Temblé.

—¡Miente! —exclamé, conteniendo a duras penas mi voz.

Pero Cliff sonrió irónico.

—Soy un hombre muy precavido, lady Pat. Suponía que iba a negar lo que es evidente —fueron sus increíbles palabras—. Y tomó mis precauciones. Poseo una pequeña, pero muy eficiente y sensible cámara fotográfica, de marca japonesa, capaz de obtener buenas fotos en condiciones ínfimas de luz. Le hice varias fotografías, mientras se deslizaba a buen paso por los corredores. He entregado, hace unos minutos, el carrete a un laboratorio fotográfico de esta localidad. Dentro de media hora podré mostrarle las fotos, ya reveladas.

El ritmo de mi corazón se había alterado.

Y mi taquicardia me impulsó a separarme vehementemente de Cliff Payne.

—¡Menudo... sinvergüenza! —murmuré entre dientes, al tiempo que me esforzaba en desplazarme sobre mi silla hacia el camino de los Cipreses.

Desde luego —y aunque parezca una irreverencia confesarlo—, no presté mucha atención a la ceremonia fúnebre que tenía lugar a pocos metros de distancia.

Puse toda mi voluntad en vencer mi enojo y mi ansiedad.

Desde luego, no parecía Cliff Payne el hombre capaz de inventarse una

fábula.

Su expresión parecía sincera. Pero...

Acababa de afirmar que me había sorprendido, de madrugada, caminando por los pasillos del piso superior...

Suponiendo que Cliff no mentía..., ¿cómo podía explicarse tal cosa?

El pensamiento se produjo fluidamente en mi mente. La única explicación lógica para ello era que, yo fuera sonámbula.

Y que, bajo el estado de sonambulismo, ¡era capaz de mover mis piernas, era capaz de caminar!

Inmediatamente me sentí exaltada.

—¡Dios mío! —Murmuré con fervor—. ¡Si pudiera volver a andar, a moverme, a desplazarme libremente sobre mis propios pies!

Era demasiado bello. No valía la pena hacerse ilusiones. Posiblemente, Cliff hubiera mentido. No era posible tanta maravilla...

A unos metros del lugar donde los restos de Loretta Green eran sepultados, yo permanecía sobre mi silla de ruedas, oculta tras los gruesos y rectos troncos de los Cipreses.

Tan pronto sentía que la excitación impulsaba frenéticamente la sangre en mis venas, como... llegaba la depresión y, entonces, mi corazón se desfondaba.

—¡Sonámbula...! —murmuré entre admirada y temerosa.

Al fin, el sepelio terminó.

La dulce Loretta Green reposaba para siempre en el pequeño cementerio de Hillville, su localidad de origen.

Busqué con la vista a Cliff, pero había desaparecido.

Tía Louise, Harvey, Wesley y Poggy McRae me rodearon y empujaron despacio mi silla de ruedas camino adelante hacia la salida del camposanto.

Hice todo lo posible por frenar la marcha de mi elemental vehículo, porque temía que los dos automóviles emprendieran el regreso antes de recoger a Cliff Payne.

Lentamente, salimos del camposanto y llegamos junto a los coches. Wesley me abrió la puerta y se inclinó para tomarme en brazos y dejarme en su automóvil, pero yo puse en marcha todas mis argucias femeninas para retardar el momento de la marcha.

—A propósito, Wesley —dije—, ¿qué hay acerca de nuestra nueva doncella?

Apartó de mí sus dedos manchados de nicotina y carraspeó.

—No creo que, a estas alturas, encontremos una doncella en Hillville. Nancy Pittman y Gloria Hilgary, con las que habla hablado ayer por la mañana, se han negado a prestar sus servicios en Selby Site —afirmó con tono vacilante—. Ya sabe, lady Pat, cómo es la gente de los pueblos. El accidente que costó la vida a la señora Green se ha comentado en este lugar y la gente se ha sentido muy… impresionada. Tendré que trasladarme a Badington. Tal vez allí...

—¿Sí? —exclamé con el fin de alargar la conversación hasta el máximo.

—... Podamos contratar alguna joven. Por otra parte —Wesley tornó a aclararse la garganta—, y aunque siempre recordemos con afecto a la buena de mistress Loretta Green, ahora necesitamos también un ama de llaves. Si usted lo aprueba, lady Pat, iré esta tarde a Badington y trataré de coronar con éxito la gestión.

Yo no escuchaba ya al bueno de Wesley, porque acababa de ver cómo Cliff Payne cruzaba la carretera con rápida zancada.

—Bien —decidí—. Podemos partir.

Ardía en deseos de reunirme a solas con Cliff. Y mi vehemencia se justificaba por sí sola, puesto que me iba la vida en comprobar si mi chófer había dicho la verdad o había mentido con algún fin inconfesable.

Por desgracia, no tuvo lugar aquella entrevista inmediatamente.

Llegados a Selby Site, tía Louise empujó directamente mi silla hasta mi alcoba.

—Te he traído aquí, Pat, porque mi deber es advertirte cuanto antes... —exclamó inmediatamente después de cerrar la puerta a nuestras espaldas.

—¿A qué te refieres? —pregunté atónita.

—A ese... tipo, a Cliff Payne —confesó—. Desde luego comencé a recelar de él en cuanto Vance le trajo a tu casa de French Street, en Londres. En varias ocasiones le sorprendí husmeando en la biblioteca y en otras habitaciones privadas.

—¿Y bien. .?

—Sospeché que se trataba de una persona poco recomendable. Siento haber obrado sin tu consentimiento, pequeña mía, pero decidí hacerlo por tu bien.

—¿Qué quieres decir? — pregunté alarmada.

—Harvey ha llevado a cabo una discreta investigación, a ruegos míos, sobre Payne. Y el resultado no es otro que el que yo esperaba... ¡Payne es un maleante, una persona poco digna de confianza! La agencia de investigación privada consultada por tu primo ha enviado su información: Cliff Payne ha salido recientemente de la cárcel donde cumplió una larga condena por homicidio.

Las noticias que tía Louise me traía no podían por menos que impresionarme.

Sin embargo, ella tenía algo más que decir y estaba dispuesta a hacerlo.

—Creo que debes despedirle. Inmediatamente —exclamó con voz segura y reposada—. Podemos contratar otro chófer, no creo que haya gran dificultad para ello. Entretanto, Harvey ocupará ese puesto, le guste o le disguste.

—No pienso despedir a Cliff. Al menos, mientras siga observando una conducta irreprochable, como hasta ahora —decidí. Y añadí—: Es posible que Cliff haya estado en prisión, pero a mí lo único que me importa es que ha cumplido correctamente con su deber desde que lo contraté.

Mi tía se retorció las manos muy inquieta.

—Eres muy generosa —dijo con nobleza—. Por el contrario, yo sólo soy una pueblerina, asustadiza y desconfiada. En cualquier caso, sí he dado este paso sólo ha sido por mi interés hacia ti, querida Pat. En cuanto a Cliff..., ¡ojalá no debamos lamentar haberle contratado!

—Vamos, no seas tan recelosa —dije, al tiempo que palmeaba cariñosamente su brazo—. No pasará nada.

Aquello era lo que decían mis labios. Pero no lo que comenzaba a temer en lo más profundo de mi ser consciente.

CAPITULO IX

Tía Louise se había retirado un momento para poner en orden la alcoba del primo Harvey.

Yo abandoné el comedor y rodé, rauda, hacia la cocina. En aquel momento, Cliff, que acababa de comer, se ponía en pie.

Le miré y él comprendió.

Salimos rápidamente al jardín. El empujaba con fuerza mi ¿illa y yo notaba en el cuello su tibio aliento.

—Bien —dije—. ¿Dónde están las fotos?

Detuvo mi carrito a pocos metros del talud de unos nueve metros de profundidad que limitaba la plataforma elevada del jardín, a escasa distancia de los garajes.

Luego vino frente a mí, metió una mano en el bolsillo posterior de su pantalón y sacó un sobre de los utilizados por los laboratorios fotográficos.

Extrajo algunas cartulinas y me las entregó, sin hacer ningún comentario.

No hay que decir que yo le arrebaté aquellas fotografías de un vehemente manotazo.

Mientras Cliff espiaba abiertamente mi expresión, miré las brillantes cartulinas.

Eran cinco instantáneas, en las que podía vérseme muy claramente, vestida con mi negligée de gasa azul celeste y ... caminando fácilmente sobre las losas del pasillo del piso superior.

—¡No lo entiendo...! —exclamé por todo comentario.

Cliff encendió un “Caftan" y arrojó una bocanada de humo al aire.

—He pensado en ello desde que mantuvimos nuestra conversación en el cementerio de Hillville —comentó reflexivo—. Ahora creo que usted no me mintió, que no engañó a nadie. Antes de recoger las fotos en el laboratorio, llamé por teléfono a la consulta del doctor Goforth, en Londres, y hablé unos minutos con él.

—¿Puedo saber cómo obtuvo usted la dirección de Goforth? —pregunté, disgustada.

—Estaba anotada en el listín telefónico, en su casa de Chelsea, lady Pat —confesó—. Tengo buena memoria y no me costó gran esfuerzo retener el número.

—Dígame una cosa, Cliff. ¿Por qué demuestra tanto interés en este asunto? —inquirí.

Sonrió.

—Simple interés humano —dijo de buen grado—. Usted es una mujer muy joven y bella, y...

—Y rica —añadí.

—Y rica, es cierto —convino, sin alterarse lo más mínimo, como si mi riqueza le tuviese sin cuidado-. Bien..., confieso que me sentí atraído por

usted desde el primer momento, lady Pat. Pero, terminemos: a raíz de mi conversación con Goforth he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—El motivo de la parálisis de sus piernas es histérico. El histerismo tiene un origen claramente psíquico y el sonambulismo viene a ser un efecto secundario determinado por cierta hipersensibilidad psíquica. Es decir, el trauma que provocó su parálisis se inhibe en estado de sonambulismo y le permite caminar, mover libre y eficazmente sus piernas...

—Estoy admirada —susurré. Y lo estaba, era cierto—. Oyéndole, cualquiera deduciría que posee usted grandes conocimientos de psiquiatría.

Rió alegremente.

—Se equivoca. Es una simple deducción. Sin embargo, es verdad que siempre me han atraído los problemas de la psique. Por otra parte, un amigo mío es psiquiatra e influye mucho en mi afición a estos temas.

Mis pulmones se llenaron del fresco aire del Jardín.

—¿Cómo se llama su amigo? —pregunté.

—John W. Gaylor. Es un hombre muy joven, enamorado de su profesión y dedicado por entero a ella.

—Podríamos... ¡no sé! —empecé a decir muy excitada—. Podríamos plantear al doctor Gaylor su hipótesis. ¡Me siento ahora tan animada, querido Cliff!

Había pronunciado espontáneamente aquel adjetivo: "querido". Y su efecto en mi chófer no se hizo esperar: palideció primero y enrojeció después.

—¿Siente., siente algún afecto por mí, lady Pat? —preguntó, tímidamente, al cabo.

Sonreí.

—Sí —confesé—. De una forma instintiva confío en ti, Cliff, aunque...

—¿Aunque...? —repitió él, atento y nervioso.

—Nada —respondí—. Confío en ti y eso es todo. No quiero emplear un lenguaje protocolario contigo, ni exijo que tú me llames a cada momento “lady Pat”. Pat es suficiente. Aunque... será mejor que sigas llamándome lady cuando estén delante los demás. Caso contrario..., se escandalizarían.

Sus ojos castaño claro resplandecieron.

—¡Hurra por Pat! exclamó—. Temí encontrar en ti a una aristócrata remilgada, pero, por fortuna, eres una muchacha joven, abierta y sin ridículos prejuicios.

Pero yo tenía una idea entre ceja y ceja.

—Hablemos del doctor Gaylor, tu amigo —dije muy exaltada—. ¿Crees que podrías conseguirme una entrevista discreta con él? Desde luego, tú ocuparías un lugar destacado en ese encuentro. Quiero que expongas al doctor Gaylor cuanto acabas de decirme acerca de parálisis, histeria y sonambulismo. ¿Podrías...?

Cliff arrojó, decidido, el cigarrillo al suelo y lo pisoteó.

—Puedo llamarle por teléfono ahora mismo —declaró—. John vive en

Haridd, a unos sesenta kilómetros de Hillville. Con suerte, podríamos ir a visitarle esta misma tarde, si usted..., es decir, si tú lo quieres así.

—¡Ve! —exclamó—. Ve a telefonear. Háblale y vuelve a mí con el recado.

—Ahora mismo —respondió resueltamente.

Oí sus rápidos pasos sobre la grava, alejándose.

Soplaba una brisa húmeda, fresca, con aromas a flores y a alfalfa, muy agradable.

Aguardé impaciente el regreso de Cliff, con la vista perdida en las verdes colinas de Selby Site.

Luego la grava crujió de nuevo, tenuemente, a mi espalda.

Segundos después, alguien impulsó salvajemente mi silla de ruedas hacia adelante.

Lancé un grito de alarma.

Mi silla de ruedas corría velozmente hacia el parapeto de piedra situado a menos de diez metros.

—¡Dios mío! —Gemí aterrada—. ¡Voy a despeñarme!

Vertiginosamente, mi silla corría hacia el vacío.

Apenas a metro y medio del muro que limitaba la plataforma ajardinada, apoyé mis manos en los reposabrazos de la silla, tensé mis músculos y me lancé fuera de la silla.

Golpeé duramente el suelo con mis codos, al mismo tiempo que el respaldo de la silla me arrancaba mechones de mis cabellos.

Desesperadamente me aferré a las matas del seto de boj que circundaba el paseo enarenado y conseguí detenerme.

Abajo —nueve metros más abajo— resonó el estrépito producido por mi silla al rebotar contra las rocas que emergían en la ladera.

Nueve metros quizá no sea una caída temible para una persona joven y saludable, pero para una mujer inválida como yo, hubiera podido suponer la muerte.

Dolorida, comencé a incorporarme. Tenía los codos rozados y ensangrentados, pero en aquel momento todo mí interés estaba puesto en apartarme del peligroso talud.

Entonces vi acercarse a Cliff.

Su rostro estaba pálido y desencajado.

Mis ojos debieron mirarle con intenso odio.

—¡Pat! —gritó—. ¿Qué sucedió?

—¡No finjas! —chillé—. ¡Sé que has intentado asesinarme!

* * *

A nadie dije nada acerca de lo ocurrido en el jardín.

Pero yo me sentía sola, desvalida y amenazada.

Desconocía los intereses que habían movido a Cliff Payne a buscar mi

muerte, pero aquel incidente sólo había venido a aumentar mi inquietud.

Por supuesto, Cliff había prorrumpido en exaltadas protestas.

—Pero... ¿cómo... cómo puedes pensar tal cosa? —Exclamó con notable veracidad—. ¡Sólo quiero ayudarte! Acabo de regresar del interior de la casa.. El doctor Gaylor está dispuesto a recibirte y...

—Todo eso sobra ya —clamé furiosa—. ¿Cómo ro- dría fiarme de ti a partir de ahora?

El quiso tomarme en brazos. Traté de impedírselo ferozmente e incluso le golpeé en plana cara, tan inquieta me sentía.

Como consecuencia del golpe, su rostro herido volvió a sangrar abundantemente.

—¡De una maldita vez! —Gritó, perdida la compostura— . ¿Quieres explicarme lo ocurrido?

Le miré confusa.

¡Parecía tan sincero...!

Pero yo había estado a punto de estrellarme contra las rocas y mantuve mi desconfianza.

—No voy a perder el tiempo repitiendo lo que tú sabes de sobra —pronuncié con toda la frialdad de que fui capaz—. Todavía eres mi empleado. Así pues, baja a la ladera y trata de traer mi silla.

Murmuró algo ininteligible entre dientes —¡se sentía tan rabioso y frustrado!-— y se alejó.

Volvió algunos minutos después, con la silla.

Jadeaba. Y la herida de su rostro seguía sangrando aún.

—¡Aquí la tienes! —bramó, dejando la silla en el suelo de un violento empellón. Tan violento como el empujón que me había lanzado rectamente al abismo próximo.

Me arrastré como una lombriz sobre la arena, en dirección a la silla.

El alargó sus manos hacia mí, en un instintivo impulso, pero yo rechacé una vez más su ayuda.

Fatigosa y laboriosamente conseguí auparme hasta la silla, cuyas ruedas delanteras estaban torcidas y el respaldo casi arrancado de cuajo de las niqueladas barras que le servían de sustentación.

Luego, como pude, di a los manubrios y avancé penosamente hacia la casa.

Cliff quedó, inmóvil, a mi espalda.

Tía Louise acudió presurosa a mí en cuanto advirtió loa rasguños de mis codos y el barro que manchaba mi vestido.

Dije que me había caído accidentalmente y ordené que Wesley adquiriese una nueva silla aquella misma tarde, en Hillville.

¿Por qué no dije la verdad?

¿Por qué no acusé abiertamente a Cliff Payne y le denuncié a la policía por asesinato en grado de tentativa...?

Quizá porque había aprendido a dominarme, porque sabía que no era bueno obrar bajo el impulso de las pasiones.

Podía, al menos, haber ordenado a Wesley que le despidiera inmediatamente.

Pero tampoco lo hice.

Preferí pensar en todo ello y decidir después con la mente fría y serena.

Pero en mi corazón latían la inquietud y el temor.

Me hubiera gustado huir rápidamente, aquella misma noche, hacia algún lugar remoto y distante, lejos de la angustia y del horror.

Pero no podía huir.

Mis piernas paralíticas no me permitían moverme, correr, escapar...

Estaba atrapada en los límites de Selby Site.

CAPITULO X

Cuando tía Louise me dejó sola en mi alcoba aquella noche, yo me deslicé a fuerza de brazos hasta mi silla de ruedas.

La silla era nueva. Wesley la había comprado aquella misma tarde en Hillville.

Comprobé que la ventana estaba bien cerrada.

De todas formas, aquella seguridad no suponía ningún consuelo para mí, porque la ventana, que daba sobre el patio interior, carecía de reja.

De todas formas, yo había llegado a decidir que el miedo, la angustia, sólo estaban en mi mente entorna.

Dereck Quincy estaba muerto. Y, sin embargo, yo lo había visto en mi habitación dos noches atrás.

¿No era aquella visión horripilante el producto de una mente enferma, desquiciada...?

Sin embargo, yo misma me sorprendía muchas veces de la lógica de mis raciocinios.

Pensaba lúcidamente, era cierto.

Pero por las noches sufría horribles pesadillas que me debilitaban hasta la extenuación.

Me sentía tan desvalida como un tierno cervatillo en la jaula de los leones.

Dudaba, cavilaba, me debatía en un mar de dudas.

Habían intentado asesinarme, ello era evidente. Cuando mí silla fue impulsada brutalmente hacia el desnivel del jardín, yo salvé la vida milagrosamente al reaccionar de forma instintiva y arrojarme fuera de la silla.

Pero mi confusión era total. Ni siquiera estaba segura de que Cliff Payne fuera el responsable de aquel atentado.

Aproximé la silla a la cama y me dejé caer sobre ella.

Pocos minutos después dormía pesadamente.

Inmediatamente se desataron las atormentadoras fantasías oníricas.

Yo estaba en el jardín que rodeaba Selby Site.

No me veía sobre mi silla de ruedas, sino que, por el contrario, caminaba. ¡O mejor, volaba sobre mis pies leves, ligeros, alados!

De repente me detenía entre las frondas.

Acababa de oír un rugido hondo, vibrante, estremecedor.

¡Una fiera suelta!

—Un león —musité temblorosa.

Traté de huir, pero ahora mis piernas no eran ya ligeras. Por el contrario, parecían pesar como el plomo y apenas me permitían arrastrarme a lo largo de los paseos enarenados.

Luego, súbitamente, las frondas se agitaron a mi alrededor, volvió a oírse el espeluznante rugido y... el león apareció ante mí vista.

Era una ñera terrible.

Sus ojos dorados destellaban como carbunclos y su melena, espesa y negruzca, vibraba al viento.

Avanzó despacio, como si se recrease en el espanto que producía en mi corazón.

Produjo un ronquido grave, potente, premonitorio...

Y, luego, saltó sobre mí con las fauces entreabiertas.

En el espacio de un segundo vi brillar sus colmillos, agudos, afilados corno alfanjes de marfil.

Y entonces la silueta poderosa del león se esfumó y ante mí se corporeizó Cliff Payne.

Me admiré de su belleza, de su apostura, de su soberbia musculatura varonil.

Pero el brillo de sus ojos felinos era maligno.

Y, de repente..., ¡Cliff rugió como el león!

Mis músculos debieron tensarse como acero templado, porque de repente desperté, empapada en sudor, de rodillas sobre el lecho.

Sufría una tensión nerviosa insoportable, a pesar de que mis sentidos estaban totalmente embotados.

Respiré profundamente, jadeante, ansiosa por devolver a mi cerebro la lucidez precisa.

El silencio era absoluto en Selby Site. Todo parecía sereno, aquietado, en absoluta paz.

Pero entonces volví a oír aquel rugido inquietante.

Quedé inmóvil, suspendida la respiración, atenta a cualquier rumor.

En seguida volvió a repetirse el rugido bestial. Era algo tan impresionante que me sumergí de un torpe salto entre las ropas de mi cama y oculté mi cabeza bajo la almohada.

Pero aunque traté de taponar mis oídos con la ropa, seguí escuchando aquellos rugidos escalofriantes.

—¡Loca, loca, estás loca! —susurraba una vocecilla que reconocí como mía.

Loca.

¡Loca!

¡Loca! ¡Irremediablemente loca!

Selby Site no era la selva africana, no era la reserva de caza del cráter de Gorongoro...

En Selby Site no había leones..., ¡pero yo escuchaba sus rugidos!

Agitada por los más violentos estremecimientos y oyendo el castañeteo de mis mandíbulas, permanecí hasta el amanecer.

Luego, el sueño me rindió y dormí pesadamente hasta que...

* * *

Hasta que a las doce de la mañana, tía Louise penetró en mi alcoba y me

sacudió con suavidad.

—Pat, despierta. El señor Wesley quiere hablar contigo. Inútilmente he tratado de convencerle de que necesitas un prolongado descanso. ¡Wesley insiste tercamente en entrevistarse contigo...!

Abrí los ojos.

Mi lengua era espesa como una gran esponja y tenía un sabor dulzón, acre, en la boca.

De todas formas, tía Louise no permitió que Wesley penetrase en la estancia hasta que hubo peinado cuidadosamente mis cabellos y puso una bata sobre mis hombros.

—¿De qué se trata, Wesley? —pregunté, atontada y torpe, cuando mi administrador se detuvo tímidamente a los píes del lecho.

—Espero que sepa disculpar mi insistencia, lady Pat —dijo—. Pero me creí en el deber de poner en su conocimiento los últimos sucesos...

—¿A qué se refiere? —pregunté, sospechando que de nuevo hubiera ocurrido alguna desgracia.

—Me levanté muy temprano esta mañana para trasladarme a Badington por el motivo que usted ya conoce. A la entrada de los garajes tropecé con un cuerpo... Era el de Cliff Payne.

De mis labios brotó un gemido involuntario.

—¡Cliff! —gemí—. ¿Está... está... muerto?

—Tranquilícese, lady Pat —se apresuró a decirme Wesley, viniendo a mi lado—. Payne está fuera de peligro. Pero el doctor Bolson afirmó que el golpe que el chófer recibió en la cabeza estuvo a punto de fracturarle el cráneo.

—¡Dios santo! ¿Qué sucedió., exactamente?

—Lo ignoro. Cliff tenía los cabellos empapados en sangre y permanecía en estado inconsciente, por lo que lo tome en mis brazos, lo arrastré hasta el coche y le llevé hasta Hillville, donde le practicaron una cura de urgencia. Allí decidieron enviarle en una ambulancia a Badington, dada su gravedad, y yo seguí a la ambulancia en mi coche para asegurarme de que no moría por el camino.

—¿Y ..? —pregunté, tensa.

—Ha quedado hospitalizado en el County Hospital. El doctor Bolson me confirmó que Payne sufría un intenso shock traumático; pero, según sus palabras, espera que pueda recuperarse en pocos días. Desde luego, he tenido que firmar una declaración ante el inspector McClure. La policía estuvo aquí poco después y realizó una inspección. Lo que más sorprendió al inspector McClure es que, junto al cuerpo de Payne, se encontrase un magnífico rifle de caza.

—Un rifle...

—Así es. El rifle pertenece a la colección de armas de su difunto padre, lady Selby. Lo que la policía y todos nosotros nos preguntamos es... qué hacía Cliff con un rifle a altas horas de la madrugada y... junto a los garajes.

—Pero... ¿quién atacó a Cliff Payne? —pregunté yo, temblorosa.

—La policía no ha conseguido establecerlo. Lo extraño es que el inspector McClure afirmó que las huellas impresas sobre la arena húmeda alrededor del lugar... tenían un asombroso parecido con las de un león —declaró Wesley. Carraspeó y añadió—: Aproveché la visita a Badington para contratar a dos mujeres. Se trata do la señorita Dolly Anderson y la señora Norah Finney, que ocuparán los puestos de doncella y ama de llaves, respectivamente. La señora Palmer se ha ocupado de informarles acerca de sus obligaciones.

—Perfectamente, Wesley —respondí con un hilo de voz—. Puede volver a sus quehaceres.

Mi corazón me impulsaba a correr hasta Badington para visitar a Cliff, pero no lo hice.

¡Me sentía tan desconcertada...!

Alguien había intentado asesinar a mi chófer. Pero ¿por qué motivo?

“Creo que le juzgué mal —me dije, pensando en Cliff—. Le acusé locamente, pero ¿qué pruebas tenía yo de su culpabilidad? Sólo pude escuchar el rumor de unos pasos sobre la grava, pero no podría jurar que fuese él quien me empujó al vacío."

Y si Cliff era inocente, como yo empezaba a creer, ¿quién era la persona interesada en eliminarme de forma tan brutal y directa?

Cerré la puerta de mi alcoba y volví con mi silla de ruedas junto a la ventana.

Según McClure, había hallado en el parque... las huellas de un león.

Aquel asunto suponía un insondable enigma para mí. ¿Quién podría imaginar que un león se pasease tranquilamente por los alrededores de Selby Site?

Pero algo más concreto residía en el hecho de que alguien había intentado matarme. Aunque ni yo misma tuviera mucha confianza en mis facultades mentales, poseía, constancia cierta de que había estado en peligro de muerte, y de ello eran prueba mis brazos desollados.

—Pero... ¿quién?

Mentalmente pasé revista a las personas que vivían en Selby Site.

Estaban Arnold McRae y Poggy, su esposa, dos personas sencillas, pueblerinas, afables, que en Selby Site habían encontrado todo lo que necesitaban. Los descarté inmediatamente.

Conrad Wesley era soltero, pero tenía más de cincuenta años y llevaba casi treinta al servicio de la familia Selby. Honrado a carta cabal, hombre cumplidor y atento, no podía imaginármelo como un asesino.

Tía Louise... Una mujer algo brusca, pero entregada, leal, animosa, me había rodeado de cuidados y de afecto. No podía sospecharse de ella de ninguna forma: yo misma le había ofrecido cien mil libras como un obsequio cariñoso, y ella se había mostrado como una persona generosa y desinteresada al rehusar aquel dinero.

Cliff Payne suponía un enigma para mí. Tan pronto imaginaba que el chófer se había enamorado de mí, como sospechaba de él lo más

inconfesable. En todo ello, influía por supuesto el saber que Cliff había cumplido condena por homicidio.

Finalmente estaba Harvey Palmer, mi primo.

Para mí, Harvey era un ser anodino, gris, de escasa personalidad. Silencioso, introvertido, inexpresivo... Su única pasión real era el alcohol, pues consumía constantemente whisky en cantidades industriales.

Después de aquel mental repaso a las personas que vivían junto a mí, mi cerebro se debatía en un mar de dudas.

Fue entonces cuando instintivamente pronuncié el nombre:

—¿Percy Carmody?

¿Por qué no? Yo había llegado a la conclusión de que Percy era un hombre egoísta, ambicioso, rencoroso... No era descabellado imaginar que su despecho le hubiera impulsado al asesinato.

Me propuse realizar alguna investigación por mi cuenta.

Pero poco después ocurrió algo que debía sorprenderme mucho.

Abandoné mí alcoba y fui a la cocina.

Tía Louise me presentó a Dolly Anderson, la doncella, y a la señora Finney, la nueva ama de llaves.

Norah era una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgada y fibrosa, no muy agraciada físicamente, pero que sabía su oficio a las mil maravillas.

Dolly era otra cosa. Era guapa, joven y rotunda. Me dio la impresión de que profesaba una precoz adoración por tía Louise, pues respondía a sus indicaciones con una sonrisa servil, zalamera.

Media hora después la sorprendí cuando trataba de hacer objeto de sus coqueterías al primo Harvey, que estaba emborrachándose a conciencia en el salón.

Mi silla de ruedas no producía el menor rumor sobre el pavimento de roble, por lo cual penetré inopinadamente en el salón.

Dolly arrullaba a Harvey con voz dulzona e insinuante, al tiempo que deslizaba su mano derecha en el velludo pecho de mi primo.

Cualquier hombre se hubiera sentido halagado por la sensual provocación de Dolly, pero.

Bruscamente, Harvey alzó su mano derecha y derribó de un bofetón a la sorprendida Dolly Anderson.

Quedé sorprendidísima.

Pero mi asombro subió aún mucho cuando escuché las palabras de Harvey, pronunciadas con un tono chillón, afeminado y ofendido:

—¡Cochina, desvergonzada...! ¡Que no se te ocurra volver a tocarme o...!

Sentí la tentación de reír a carcajadas, porque la escena que acababa de presenciar no era para menos.

De repente, lo comprendí todo: Harvey era un invertido.

¡Pobre tía Louise!

Ella parecía orgullosa de la virilidad de su hijo y le atribuía toda clase de aventuras donjuanescas, cuando en realidad...

Retrocedí rápidamente al comprender que Dolly abandonaría el salón de un momento a otro.

Pasó segundos después junto a mí, hurtándome la mirada. Pero, a pesar de ello, pude advertir que sus mejillas se teñían de un tono escarlata subido.

Tras el almuerzo de mediodía, Harvey se ausentó para dar un paseo alrededor de Selby Site.

Yo hice otro tanto, a pesar de que en lo más profundo de mi corazón experimentaba una extraña inquietud que mantenía todos mis nervios en vilo, do tal forma que mi espalda estaba dolorida y recorrida a menudo por espasmos neurálgicos.

Salí de la casa porque ansiaba respirar el aire puro y relajar mi tensión nerviosa.

Tomé el caminillo que llevaba hasta la colina más próxima.

El ejercicio debió poner color a mis mejillas cuando escalaba, jadeante, la leve pendiente.

Al otro lado de la colina se extendía el bosque. Aquella propiedad correspondía a lord Kimbley, un viejo aristócrata del que los vecinos de Hillville aseguraban estar al borde de la ruina.

Coronada la cima, me arriesgué a seguir adelante cuesta abajo. La vegetación era ya más espesa y en algunos puntos la luz diurna no conseguía abrirse paso entre la tupida floresta.

Me había detenido a recuperar la respiración, cuando oí el rumor a mi espalda.

Los arbustos se agitaron bruscamente y una mancha de color pardo se movió a pocos metros.

El rugido que se oyó en seguida heló la sangre en mis venas.

¡Un león...!

El animal abandonó los matorrales y se plantó en mitad del camino.

Me miró y produjo aquel grave y ronco rugido de advertencia.

Sin poderme contener, chillé estridentemente.

La ñera se agitó inquieta.

Luego, bruscamente, salló sobre mí.

Su masa, compuesta de huesos resistentes y elásticos músculos cayó sobre mí en el momento en que yo me arrojaba desesperadamente fuera de la silla de ruedas.

Milagrosamente, sus garras no me habían herido.

Entonces escuché el grito:

—¡No se mueva, lady Pat! ¡Por lo que más quiera, no haga un solo movimiento...!

A cincuenta metros de distancia se encontraba Arnold McRae, mi guardabosques.

Posiblemente me había seguido a distancia, con el fin de protegerme.

El león había apoyado una enorme garra sobre mi pecho y me apretaba tan fuerte contra el suelo que yo apenas podía respirar.

Resonaron dos detonaciones fragorosas y... la fiera cayó pesadamente sobre mí y me aplastó.

McRae llegó en una rápida carrera y apartó con gran esfuerzo el cadáver del león, al que había clavado certeramente dos balas blindadas en su enorme cabezota.

Rompí a llorar cuando Arnold me dejó sobre mi silla y me empujó a buena velocidad de vuelta a casa.

Ya en Selby Site, sufrí un terrible ataque de histerismo, de forma que Wesley no dudó en hacer venir al doctor Raperty, que me inyectó un sedante y me hizo volver en mí quince minutos después.

Tía Louise, Poggy, Wesley... todos se habían reunido alrededor de mi lecho. Me contemplaban con gran interés, con la respiración suspendida y los ojos brillantes y atentos.

—¿De... de dónde salió ese león? —fue la primera frase que pronuncié.

—Ya está el asunto aclarado. He discutido violentamente con el propio lord Kimbley —declaró Wesley.

—¿Quiere explicarse mejor? —insistí.

—Lo comprenderá todo cuando le diga que lord Kimbley explota un negocio llamado África Safari Park al otro lado de las colinas. Ya sabe que lord Kimbley sentía pasión por la caza. Después de arruinarse, se le ocurrió la idea de que podía convertir sus propiedades en algo verdaderamente rentable. Y llevó su idea a la práctica. Tiene en su parque una gran variedad de animales salvajes, desde jirafas hasta leones, pasando por búfalos, leopardos, hipopótamos y rinocerontes...

—¿Cómo... cómo le han permitido hacer tal cosa las autoridades...?

—Yo había oído hablar del proyecto de lord Kimbley, pero nunca creí que pasase de ser una mera fantasía. El asunto salió a información pública y las autoridades aprobaron su parque ante la suerte de medidas de seguridad que rodearían el safari. La verdad es que los animales están seguros al otro lado de las altísimas cercas valladas con cinco metros de alambre espinoso y electrificadas.

—¿Cómo pudo, entonces, escapar ese león? —quise saber.

—Se trata de una maniobra criminal, lady Pat. Los vigilantes de lord Kimbley han descubierto la fuerte tela metálica cortada en varios puntos. Hallaron aberturas lo suficientemente grandes como para permitir el paso de los leones. He llamado por teléfono a lord Kimbley y a la policía de Hillville. El inspector McClure en persona me ha prometido ponerse al frente de una partida armada, guiada por podencos. Van a batir las colinas y el bosque hasta encontrar a los cuatro leones escapados del parque —afirmó Wesley. Sin ocultar su preocupación, añadió—: Es preciso que nos refugiemos en esta casa y cerremos puertas y ventanas hasta que la policía me comunique el final de la alarma.

CAPITULO XI

Aquella noche permanecí en vela hasta más de las tres de la madrugada. V ello, a pesar de que Wesley nos trajo, al anochecer, la noticia de que las fieras escapadas del África Safari Park habían sido abatidas por la partida de candores encabezada por el propio lord Kimbley, quien se presentó en Selby Site a las nueve de la noche y me presentó cortésmente sus disculpas.

—La alambrada ha sido reparada y se establecerá un permanente servicio de vigilantes en todo el perímetro del parque. En cualquier caso, a todos nos interesa decisivamente encontrar al responsable del criminal atentado que pudo costarle la vida, lady Selby —explicó Kimbley.

Se marcharon.

Sin embargo sería absurdo, por mi parte, afirmar que yo había recuperado la serenidad.

Harvey, que había permanecido ausente desde poco después del almuerzo, volvió a Selby Site cerca de las once de la noche.

Yo le vi accidentalmente cuando tía Louise empujaba mi silla en dirección a mi alcoba.

Harvey se detuvo, rígido y envarado, a unos pasos de distancia.

Apretaba sobre su pecho su chaqueta de ante y su rostro estrecho aparecía muy pálido y demacrado.

Tía Louise se mordió los labios, pero no hizo ningún comentarlo. Por el contrario, hizo girar mi silla y me introdujo en mi habitación.

Un segundo antes de perder de vista a Harvey pude advertir, consternada, las gotas de sangre que caían al suelo desde el borde de su chaquetón.

Auxiliada por tía Louise, rae metí rápidamente en mi cama.

Mi tía me besó en la frente y me deseó un feliz descanso. Naturalmente, a mí me resultaba imposible conciliar el sueño.

¿Qué le había ocurrido a Harvey?

Al principio quise convencerme a mí misma de que aquella sangre que yo había visto resbalar de sus ropas podía tener una explicación lógica. Por ejemplo, Harvey había matado algún infeliz gazapo y lo mantenía oculto bajo su chaquetón.

Pero, en tal caso, ¿cómo justificar su palidez, su expresión tensa, sus labios descoloridos?

"Tal vez tuvo un desgraciado encuentro con un león", me dije.

Pero en seguida desestimé aquella posibilidad. Si Harvey había sido herido por una fiera de las escapadas del África Safari Park, ¿por qué habría de ocultarlo?

Mis pensamientos llevaban la zozobra y la incertidumbre a mi ánimo, ya alterado desde el peligroso incidente del bosque.

No podía... ni quería dormir.

Estaba íntimamente segura de que en cuanto el sueño me venciese, las

horribles pesadillas tornarían a acosarme.

Llevaba menos de una semana en Selby Site y ni una sola noche me había visto libre de las enloquecedoras alucinaciones.

Lentamente transcurrieron las horas.

Hacia la una de la madrugada oí resonar unos lentos, pero firmes, pasos en el piso superior. Aquella cadencia me recordaba a mi padre, sir William, que todas las noches solía pasear a lo largo de su gabinete durante un buen rato y después de la cena.

Precisamente, la habitación que caía sobre mi alcoba era el gabinete de papá, donde nadie había penetrado desde que mis padres murieran. O eso, al menos, creía yo.

En el silencio de la noche se oyó claramente a alguien que tarareaba una cancioncilla.

Aquella canción era *Why wait*?, y mi padre solía canturrearla entre dientes cuando paseaba o cuando se afeitaba.

Agucé mi oído.

Mi piel se enervó. ¡Aquélla era la voz de mi padre...!

Mis nervios se tensaron como cuerdas de guitarra.

Papá estaba muerto, ¿cómo era posible que yo pudiera escucharlo ahora?

Muy agitada, aparté la ropa, saqué las piernas con esfuerzo y me dejé caer sobre la silla de ruedas.

Abrí la puerta y me asomé.

En el pasillo únicamente lucía una luz, pero era suficiente. Por lo demás, estaba solitario y silencioso.

Impulsé las ruedas de mi silla hacia la derecha y recorrí el pasillo hasta la artística escalinata del vestíbulo.

¿Cómo ascender...?

No lo pensé mucho.

Estaba decidida a llegar arriba como fuese. Por tanto, me arrojé fuera de la silla y comencé a ascender fatigosamente, izándome, peldaño a peldaño, con los brazos.

Cuando llegué arriba me sentía tan cansada que me dejé caer de bruces sobre el piso de roble.

Hasta mi oído llegaba perfectamente la voz de mi padre tarareando desafinadamente aquella rítmica cancioncilla.

Estaba despierta, pero no creo que mi estado mental fuera el mejor.

Cuando recuperé el aliento, me arrastré por el suelo y gané el pasillo.

Por debajo de la puerta del gabinete de papá surgía una línea luminosa.

Y los pasos, lentos y firmes, seguían taladrando mis oídos.

—¡Tengo... que comprobarlo! ¡Tengo que saber, debo averiguar todo cuanto...! —murmuré, jadeante, al tiempo que me deslizaba penosamente sobre el brillante pavimento.

Al fin, me detuve ante la puerta del gabinete.

Sin hacer ruido, fui elevándome poco a poco hasta agarrar la manivela del

cierre de la puerta.

Sólo vacilé un segundo.

Luego, decidida, rabiosa, abrí.

Al abrirse la puerta, caí al suelo de nuevo, blandamente.

Entonces vi a mi padre.

Estaba de espaldas, mejor dicho, caminaba de espaldas a mí con dirección al ventanal, sin dejar de tararear su canción preferida.

Era su misma silueta, idéntica estatura...

Vestía uno de sus pantalones listados y un batín de seda.

Debía llevar su pipa entre los dientes, porque tras él quedaba una estela de humo azulado y aromático: su mezcla holandesa Van Giessen.

Di un penetrante grito:

—¡Papá, papá...!

Muy sorprendido, se detuvo y giró sobre sí mismo.

Mi sangre se paralizó en las venas al contemplar aquella faz reseca, oscura, cadavérica, descarnada...

Papá no tenía rostro. O mejor: su rostro sólo era una calavera.

Por fortuna, mi corazón se detuvo una décima de segundo y sufrí un síncope, con lo cual me evité seguir afrontando aquel horror.

Dolly Anderson me encontró, a la mañana siguiente, desvanecida, o tal vez dormida, sobre el piso del gabinete.

CAPITULO XII

Durante ocho días el doctor Raperty me mantuvo sometida a cuidados intensivos en Selby Site.

Aquel hombre alto y delgado, por quien yo jamás había sentido gran afecto, se demostró como un extraordinario profesional de la Medicina y también como una persona afectuosa y responsable.

A lo largo de aquellos días. Herb Raperty montó guardia en un dormitorio próximo a mí alcoba y me atendió solícita y abnegadamente.

Wesley, que era capaz de mantenerse en pie veinticuatro horas al día si llegaba el caso, se convirtió en su más adicto auxiliar.

La mañana en que Dolly me hallase desvanecida sobre el pavimento del gabinete, mi estado había llegado a ser crítico.

Por fortuna, el doctor Raperty era un médico extraordinario y me devolvió a la vida una hora después.

Superada la gravedad, el médico dijo que lo más aconsejable era llevarme a Badington o Haridd, con el fin de ingresarme en alguna clínica altamente especializada.

—¿Es imprescindible trasladarla? — Preguntó tía Louise con gran ansiedad—. Compréndalo, doctor, temo por ella. ¡Está tan débil! ¿No cree que podría recuperarse convenientemente en Selby Site? Sobre todo si contásemos con su ayuda.

Raperty no decidió a la ligera. Reflexionó durante unos minutos y luego declaró:

—Quizá el clima de Selby Site le ayudase a recuperarle. Lady Pat cuenta con su afecto y sus cuidados, señora Palmer, y también con la ayuda de personas tan leales como el señor Wesley, aquí presente, y los esposos McRae, sin contar con el resto del personal doméstico. Tal vez... Sí, tal vez lady Pat necesite verse rodeada de este ambiente conocido y familiar, si quiere recuperar plenamente su equilibrio anímico.

—En tal caso, sólo queda solucionar un problema, doctor Raperty —advirtió Wesley—. Aparte de su cargo de forense, usted tendrá que asistir a sus clientes de Hillville. Si le parece, yo iré ahora mismo a entrevistarme con su enfermera y le encargaré que trans-mita por teléfono a Selby Site cualquier encargo que llegue a su domicilio. En caso de necesidad, yo mismo le llevaría rápidamente a Hillville o al punto donde usted deba acudir.

—Muy bien —admitió Raperty;—. Entre todos podemos montar un servicio rápido y eficiente.

Por fortuna, Raperty no se vio obligado a abandonar Selby Site más que una o dos veces al día durante aquella larga semana de mi recuperación.

Fue algo milagroso.

A los pocos días, mis pesadillas nocturnas habían dejado de atormentarme y mi salud progresaba visiblemente.

En dos o tres ocasiones, mi primo Harvey había penetrado en mi alcoba, prácticamente llevado a remolque por lía Louise.

Murmuraba un apagado y balbuceante:

“—¿Qué tal te encuentras, querida Pat?"

E inmediatamente se retiraba a la ventana, permanecía allí, muy inquieto, durante unos minutos, sujeto por las miradas de reproche de mi tía y, finalmente, aprovechaba la ocasión de que cualquier otra persona penetrase en mi habitación para huir rápidamente.

¿Qué podía pensar de su herida, de aquella herida sangrante que había dejado un pequeño lago rojo sobre el pavimento del pasillo...?

Misterio.

Yo me empezaba a sentir muy segura bajo la vigilancia del doctor Raperty y los cuidados abnegados de tía Louise, que no descansaba un solo momento con tal de que yo estuviese escrupulosamente atendida.

Así, mientras pensaba constantemente en Cliff Payne, del que Wesley me informaba puntualmente y aseguraba que su estado de salud progresaba día a día, vi pasar las jornadas.

Sentía el ánimo ligero y libre, no sufría pesadillas nocturnas y recuperaba a ritmo rápido mi ansia de vivir.

El séptimo día hice saber al doctor Raperty que deseaba abandonar el lecho y dar un paseo sobre mi silla de ruedas.

El médico, que había distraído eficazmente mis horas de convalecencia deleitándome con sus alegres anécdotas de tipo rural, respondió:

—Sólo un día más, lady Pat. Mañana.

Reflexioné mucho durante las horas que faltaban para llegar al día siguiente.

Y luego amaneció una luminosa mañana de finales de octubre. Raperty me tomó el pulso, la temperatura y la tensión arterial. Y dijo:

—Ya puede dar su paseo, lady Pat.

Tía Louise me llevó al baño, me vistió y peinó con esmero. Su entrega y su afecto no tenían comparación. Era una mujer imprescindible para mí.

Se enfadó un poco cuando hice venir a Wesley y le dije que preparase su coche para llevarme a Badington. Sencillamente: ardía en deseos de visitar a Cliff.

Pero cuando Wesley me tomó en brazos y me dejó sobre el asiento del coche, sonrió levemente y susurró a mi oído:

—Saluda de mi parte a Cliff. Sospecho que... he sido demasiado dura con ese apuesto muchacho.

Llegamos a Badington a las once de la mañana. Foco después me encontraba en la habitación de Cliff Payne.

El se puso rígido al verme. Estoy segura de que hubiera saltado fuera del lecho para venir a mi lado... si una severa monjita no hubiera estado presente en aquel momento.

Luego nos dejaron solos.

Las costras de su rostro se hablan caído ya y su expresión era normal. Es decir, tan atractiva como siempre.

Impulsé mi silla de ruedas hasta el lecho y extendí mi mano izquierda para oprimir la suya, más bronceada, entre mis dedos.

—Me he sentido como sobre ascuas —dijo colérico—. Wesley me dijo que estabas muy enferma. Grave.

—Exageró —respondí con una sonrisa leve—. ¿Y tú...?

Me dirigió una mirada penetrante, intensa y plena de amor.

¡Dios mío!, qué tonta había sido. ¿Cómo había llegado a sospechar de un hombre como Cliff Payne?

—Sí has venido hasta aquí..., imagino que ya no piensas que Intenté asesinarte —dijo con franqueza.

—Claro que no. Tal vez el miedo fuera la causa de mi error. Pero no olvides que estuve a punto de morir. He estado sometida a terribles tensiones, Cliff. En varias ocasiones... he llegado a creer que estaba irremediablemente, loca —confesé.

Nuestras manos seguían juntas. Y podría pensarse que jamás iban a separarse.

Entonces, Cliff se inclinó y, aunque tímidamente, me besó.

Confieso que me sentí vibrar bajo el efecto de aquella suave caricia. E incluso que hice lo posible por prolongarla.

—Cliff... —susurré—. Te necesito. ¿Cuándo podrás volver a Selby Site?

—No lo sé. El doctor Bolson pretende que esté aquí todavía una o dos semanas... —Se tocó instintivamente su herida del parietal, allí donde habían afeitado sus negror cabellos y se veía un apósito sujeto con esparadrapo—. Pero trataré de abandonar este lugar cuanto antes. Algo me dice que vas a necesitarme urgentemente dentro de muy poco.

—Ven cuanto antes —supliqué con enorme ansiedad—. Cuando tú estás cerca de mí me siento segura.

—Lo conseguiré —respondió con voz cálida.

Le besé en los labios e hice girar con gran habilidad mi silla de ruedas hasta orientarla hacia la puerta de la habitación.

Ya allí, cuando me disponía a salir, me acaricié, pensativa, la frente.

—Cliff, ¿es cierto que estuviste en la cárcel? —pregunté de sopetón.

El plegó los labios en una sonrisa enigmática.

—En varias ocasiones. Ya te lo explicaré —respondió.

* * *

A la mañana siguiente busqué a tía Louise en su alcoba. Tenía interés en encargarle que deshiciese mis maletas para preparar la ropa de abrigo, puesto que se aproximaban los fríos invernales.

No la encontré en su alcoba.

Cuando me disponía a salir, el viento sopló fuerte y la ventana entreabierta

derribó al suelo el neceser que estaba sobre una mesita.

Giré mi silla y me trasladé hasta la ventana. Con un esfuerzo recogí el neceser del suelo y, ya iba a dejarlo sobre la mesa, cuando vi el pequeño álbum de fotografías.

No pude vencer la curiosidad y lo abrí.

Mi sorpresa fue infinita cuando vi una de aquellas fotos. En la primera, la anticuada tía Louise presentaba un aspecto muy diferente del actual, a pesar de que la foto había sido hecha sólo tres meses atrás.

La mujer que ahora veían mis ojos era bella, sofisticada, elegante... No se peinaba allí con el rígido moño sobre la nuca: por el contrario, sus cabellos caían sobre los hombros en una melena brillante y ondulada.

Su rostro anguloso aparecía finamente maquillado y sus labios se plegaban en una sonrisa coqueta.

La mujer de la foto sólo se parecía remotamente a la tía Louise que yo conocía. Era la misma, desde luego, pero parecía otra.

Vi otra fotografía. Y otra y otra...

Tía Louise con lujosos vestidos escotados, tía Louise rodeada de hombres jóvenes y sonriente, tía Louise a la entrada del casino de Brighton, tía Louise brindando con una copa de champaña, sobre los hombros de un alegre grupo de juerguistas...

Fruncí el entrecejo. Tero oí unos pasos en el exterior y me apresuré a depositar álbum y neceser sobre la mesa, tras lo cual abandoné la habitación de tía Louise apresuradamente.

* * *

Cliff se presentó inopinadamente al atardecer del día siguiente.

Había conseguido el alta y se había venido desde Badington en un taxi.

Sus facciones bronceadas estaban un poco más pálidas, pero su aspecto general era bueno.

—Tenemos que hablar —susurró en voz baja. Y yo le guiñé un ojo.

Sin embargo, no pudimos vernos en privado hasta la mañana siguiente.

Yo estaba muy preocupada. Las pesadillas nocturnas habían vuelto y yo pasaba unas noches terribles, estremecedoras.

A la mañana siguiente dije a tía Louise que Wesley, Cliff y yo viajaríamos a Haridd, donde pensaba adquirir un automóvil nuevo.

—Ve —dijo—. Te sentará bien tomar el aire, cambiar de ambiente. Pero cuídate mucho, querida.

Fuimos en el coche de Wesley. Cliff y yo viajábamos en el asiento posterior.

No hablamos una palabra hasta llegar a Haridd, donde encargué a Wesley que se trasladase a la delegación de ventas de la marca “Mercedes-Benz”, mientras Cliff y yo hadamos unas compras.

En cuanto estuvimos solos preguntó con ansiedad:

—¿De qué se trata?

—He hecho algunas averiguaciones desde Badington —respondió—. Prepárate a recibir una sorpresa: Dereck Quincy está vivito y coleando. Y, precisamente, vive en Badington.

—Estás seguro, supongo...

—Absolutamente.

—Entonces... la escena de la carretera, su rostro manchado de sangre, ¿todo era una broma de mal gusto?

—No creo que se trate de una broma. Yo diría que... trataron de asustarte. Primero te mostraron a ese sinvergüenza, “muerto”, para que tú te asustases mortalmente al ver su "espectro" en tu alcoba de Selby Site —aseguró Cliff.

—Pero... ¿quién puede tener interés en asustarme, en provocarme constantes ataques de nervios? —pregunté, asustada.

—No puedo asegurarlo... aún —respondió esquivo—. Pero hay algo más: Harvey Palmer debe estar mal de la cabeza...

—¿Por qué lo dices?

—Juzga por ti misma. Le sorprendí, antes de mi último accidente, robando unas tijeras cortametales del pequeño taller del garaje. El no me había visto, por lo que me hice el distraído con el fin de vigilarle.

—¿Y...?

—Se fue hacia las colinas y yo le seguí discretamente. ¿Qué dirías que hizo? Se detuvo junto a una cerca alambrada, se calzó unos guantes de goma y se puso a cortar con toda decisión el grueso alambre. Tras lo cual, enterró las tijeras a poca distancia, se quitó los guantes y huyó a la carrera.

—¿No sabes lo que ocurrió al día siguiente? —pregunté.

—No, pero sospecho que fue él quien me golpeó en la cabeza.

Naturalmente, Cliff no sabía que un león escapado del parque de lord Kimbley había estado a punto de destrozarme, porque yo había encarecido a Wesley que no le dijese nada, temiendo por su salud, puesto que Payne estaba entonces ingresado en el County Hospital.

Pero ahora se lo conté todo sin omitir detalle. Y Cliff se mostró tan alterado y furioso que temí que no pudiera controlar sus nervios.

—Ese tipo, tu primo, debe estar loco... ¿A qué persona se le ocurriría poner en grave peligro la vida de otras personas? —exclamó.

No hice ningún comentario, pero una tenebrosa idea iba afirmándose en mi mente.

Pedí a Cliff que empujase mi silla hacia la exposición de automóviles "Mercedes-Benz", donde Wesley nos aguardaba impaciente.

Escogí un gran “Mercedes" de color guinda, rellené un talón por su importe e indiqué a Wesley que podía disponer de unas horas libres hasta el atardecer.

Cuando volvimos a Quedarnos solos, Cliff me miró, intrigado.

—¿Qué te propones? —preguntó.

Ya que estamos en Haridd, ¿por qué no hacer una visite a tu amigo John

W. Gaylor? —respondí.

Fue una buena oportunidad para estrenar el coche nuevo. Mientras conducía hacia las afueras de Haridd, Cliff gozaba con el coche como un niño con zapatos nuevos.

El doctor Gaylor había establecido su pequeña clínica en un edificio moderno, situado sobre una colina rodeada de pinos, a un kilómetro de distancia de la ciudad.

Gaylor nos recibió amablemente. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana estatura, sorprendentemente sencillo y con un gran sentido del humor.

Cuando Cliff le habló acerca de mi sonambulismo y de sus sorprendentes efectos, Gaylor se sintió muy interesado.

Por mi parte, le hablé acerca de las horribles pesadillas que volvían a atormentarme.

—Bien, en principio vamos a hacerle un chequeo completo, lady Pat. Entretanto, Cliff, tú puedes ir a dar una vuelta a bordo de ese maravilloso “Mercedes" nuevo —propuso.

Fueron cuatro horas de exhaustivos reconocimientos y análisis. Cuando terminó el chequeo, Gaylor nos invitó a almorzar, a la espera del resultado de los análisis, que estaban realizándose ya en el laboratorio de la clínica.

Cliff y yo fuimos a dar un paseo entre los pinos.

Me miró de repente y dijo;

—Hoy estás preciosa, Pat.

Tomé sus manos y las besé enternecida. Y luego nos fundimos en un estrechísimo abrazo.

Cuando volvimos, John W. Gaylor nos estaba esperando a la puerta del edificio.

—¿Quiere conocer en privado el resultado de los análisis o prefiere que Cliff esté presente? —preguntó el joven médico.

—No tengo ningún inconveniente en que Cliff lo sepa todo —respondí.

—Bien... —Gaylor parecía un tanto embarazado—. ¿Por qué no me dijo en principio que está drogándose, lady Pat?

Debí enrojecer.

—¿Drogándome? —exclamé airadamente—. ¡Nunca he probado la droga!

—Vamos, vamos. Yo soy el médico, lady Pat. ¿Por qué mentirme? Su organismo está saturado de drogas alucinógenas, se lo aseguro.

Un sudor frío empapó mis ropas. Gaylor hablaba en serio, estaba seguro de lo que acababa de afirmar, no cabía duda.

—¿Qué podría hacer para convencerle de que digo la verdad? —sollocé—. Jamás he caído en la tentación de las drogas...

—Creo que Pat está diciendo la verdad, John —Intervino Cliff, seguro de sí mismo.

—En ese caso..., sólo cabe suponer otra posibilidad: alguien la está drogando sin que usted lo sepa.

CAPITULO XIII

Poco antes del mediodía siguiente, un ciclista me trajo un telegrama fechado en Londres.

Decía escuetamente:

> "Percy Carmody detenido en prisión por falsificación de cheque bancario. Saludos.
>
> "Agencia Winter."

Rompí el papelito en fragmentos diminutos y suspiré hondo.

La casa estaba en silencio.

Arnold y Poggy McRae gozaban en Hillville de sus tres días libres de cada quincena.

Por casualidad, también era aquél el día libre de la doncella y del ama de llaves.

Wesley estaba en Londres resolviendo algunos de mis asuntos financieros. Así pues, en Selby Site sólo quedábamos Harvey, tía Louise, Cliff y yo.

A mediodía decidí almorzar en mi alcoba, aduciendo que me encontraba fatigada tras el viaje del día anterior.

Sin embargo, me levanté de la cama hacia las cuatro. Una hora después llegó el doctor Raperty.

Me reconoció, movió la cabeza, un tanto preocupado, y me recetó un específico.

—Lo siento, lady Pat, pero debo pedirle un pequeño favor. Ya sabe que no tengo coche y aproveché que lord Kimbley venia hacia acá para pedirle un lugar en su automóvil.

—¿Ha venido caminando desde el parque? —pregunté asombrada.

—Así es. Pero ahora necesito de su ayuda. ¿Podría devolverme su chófer a Hillville? —pidió.

—Por supuesto, doctor. Cliff le llevará ahora mismo —respondí.

Tía Louise fue a avisar a Cliff, y poco después se oía el rumor de los neumáticos del "Mercedes” sobre la arena del camino.

En un rincón del salón noble, Harvey se atiborraba concienzudamente de whisky escocés.

Tía Louise entró poco después portando una bandeja de plata con un servicio de té, que puso sobre la gran mesa del salón.

—Vamos, querida; tomemos el té —dijo amablemente.

La miré de reojo mientras servía la ardiente infusión en una taza de auténtica porcelana china.

Comencé a inquietarme y mi corazón elevó su ritmo.

Dudaba.

¿Tendría fuerzas para afrontar hasta el final las consecuencias de lo que iba

a hacer?

De todas formas, tenía que arriesgarme.

Decidida ya, tomé mi taza, la dejé sobre el halda y empujé la silla hacia el gran macetero situado en un rincón.

Lentamente vertí el contenido de la taza en la maceta.

Tía Louise, que me había observado llena de estupor, cambió de expresión.

—Pat, querida, ¿vas a decirme a qué obedece tu entrañe comportamiento? —preguntó.

Su voz vibraba con trémolos iracundos.

—Obedece a que, en adelante, no voy a permitir que sigas drogándome, querida tía Louise —repuse con toda la tranquilidad de que fui capaz.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa. .? —comenzó a decir.

Pero escrutó mi expresión y debió deducir que no iban a valerte tontas disculpas.

Sus ojos verdosos destellaron.

—Así que lo sabes todo. . — murmuró, sin perderme de vista.

—Sé, al menos, que las horripilantes pesadillas que he estado sufriendo se deben a las drogas que mezclas con mis alimentos y bebidas, tía Louise —afirmé.

—En tal caso sólo queda una solución —dijo.

-¿Cuál? —inquirí temblorosa.

—Eliminarte —contestó con voz fría, deshumanizada.

—Pero ¿por qué? Yo no te he hecho ningún mal... —sollocé.

Tía Louise fue acercándose lentamente hacia mí. En su rincón, Harvey parecía ajeno a todo lo que no fuese su botella de whisky.

—Tú no me has hecho ningún daño, es cierto —confesó mi tía—. Pero sí me lo hicieron tu padre y tu madre.

—¿Cómo puedes decir eso? —Exclamé, comenzando a perder el control de mis nervios—. Ellos fueron generosos contigo. Te legaron veinte mil libras.

—¡Veinte mil libras! ¿Y qué es eso..., comparado con once millones de libras que tú, mocosa, utilizas como quieres?

—¡Tía Louise! —gemí.

Me observaba con expresión hiriente, dura, plena de odio.

—Yo amaba a tu padre, el orgulloso sir William Selby, y él también se sentía atraído por mí. Pero entonces tu madre se cruzó entre los dos y tu padre la prefirió a ella...

—Y acertó plenamente, tía. No eres buena, ahora lo comprendo. Has estado fingiendo desde que viniste a verme a French Street —acusé.

Lanzó una risotada.

—¡Querida! —exclamó irónica—. Yo fui una buena actriz en mi juventud. Incluso llegué a actuar en un teatro de Londres... Por eso sé fingir tan bien. He estado fingiéndote ternura, amor y dedicación, cuando a cada momento sentía la tentación de estrangularte. En realidad, te odiaba sin conocerte siquiera.

Rompí en sollozos.

Lo que había sospechado se desvelaba plenamente: tía Louise había intentado asesinarme solapadamente, arteramente, en varias ocasiones.

—Tuve que casarme con Jonas Palmer, un burdo y torpe pueblerino; me vi obligada a pasar por el ridículo de olvidar mis abrigos de pieles, mis vestidos lujosos, mis reuniones con gente elegante... Todo lo que componía mi vida. Y ello para sepultarme en un oscuro lugar llamado Mountown...

—Pero... cuando murió tu esposo, ¡tú dilapidaste su fortuna! —acusé convulsa.

—Tenía ganas de vivir, de sentir la vida a mi alrededor, excitante y placentera, y no iba a seguir viviendo humildemente por absurdos respetos humanos. Por desgracia, la herencia de Jonas suponía sólo unos miserables miles de libras que se fueron volando...

—¡Tú me envenenaste en French Street! —chillé histérica.

—Sí. ¿Para qué negarlo ahora, si nadie lo sabrá jamás ni podrá acusarme de ello? Aproveché uno de tus desvanecimientos para hacerte ingerir, comprimido a comprimido, un tubo completo de barbitúricos. ¡Estuviste a punto de morir asfixiada cuando una tableta se atascó en tu garganta...! Por desgracia, la entrometida señora Green llegó minutos después, vio el tubo caído en el suelo y puso el grito en el cielo. Yo me apresuré a llamar una ambulancia para borrar sospechas. Desde luego, salvaste la vida por milagro.

—¡Eres... una miserable, tía Louise! ¿Cómo puede haber tanto odio en tu corazón? —exclamé demudada.

Mi tía lanzó una carcajada.

—Siempre he sido así: o todo o nada, o amor volcánico u odio a muerte —se ufanó.

—¡Tú me empujaste hacia el talud, aprovechaste el momento oportuno para matarme...!

—No te perdía de vista ni un momento, aunque tú lo ignorases —declaró—. En aquella ocasión, cuando Cliff se apartó de ti y vino a la casa, yo salté por la ventana de mi alcoba, y caminé silenciosamente hacia ti, porque sabía que aquella era una oportunidad sin precedentes para quitarte de en medio. El desenlace estaba al alcance de mí mano: tú morirías estrellada contra las rocas y todo parecería un accidente o, en el peor de los casos, Cliff Payne cargaría con la culpa. Y te empujé... Fue fácil volved a la carrera a mi habitación, segundos antes de que apareciese el chófer.

—Tienes una mente tortuosa, maligna, diabólica... —gemí.

—Diabólicamente tuya, querida Pat —se burló cruelmente—. Cuando supe que os disponíais a abandonar Londres, tuve una idea...

—¡Tía Louise! —grité descompuesta—. ¡Tú manipulaste en los frenos del coche, tú fuiste la causa de la muerte de mis padres, tú eres la responsable de mi invalidez! —acusé.

—La idea fue mía, pero él —señaló a Harvey— la llevó a la práctica.

Mi primo me miró con la expresión de un perro apaleado.

—Ella me obligó a hacerlo —farfulló—. ¡Ella! Me ha dominado siempre, ha decidido por mí, me ha manejado como a un pelele.

—Sí. Y también fue Harvey quien cortó la alambrada del África Safari Park, por orden mía, claro. A ti te gustaba pasear por los alrededores y todo quedaba en un mero accidente.

Me agité muy inquieta.

Pero bajo la manta que cubría mis piernas tenía el revólver cargado. Aquel arma, que yo había tomado aquella misma mañana, pertenecía a la colección de armas de fuego de mi padre.

Acariciar la culata del revólver me tranquilizó mucho.

—Eres una bruja, una mujer frustrada, una verdadera criminal, tía Louise. Has tratado de desquiciar mi mente, has puesto en gravísimo peligro mi salud, me has drogado, has llevado el terror a mi corazón...

—¿Te refieres al "regreso" de tu padre? —se burló despiadadamente—. Se me ocurrió cuando curioseaba en el gabinete que perteneció a sir William. Casualmente, él había grabado su voz, mientras paseaba y tarareaba una cancioncilla. Teníamos su vestuario e incluso vi sobre la mesa su colección de cachimbas

Lo peor fue convencer a Harvey para que realizase el papel de un aparecido, porque la verdad es que mi hijo, aparte de ser un marica, es un cobarde...

Mi primo se agitó inquieto en su sillón y volvió a llenarse el vaso de whisky.

—Pero siempre he conseguido de él cuanto me he propuesto —siguió relatando Louise Palmer—. Su estatura y su corpulencia eran muy similares a las de tu padre. Le vestí, le peiné, guiándome por una fotografía, y el resultado quedó perfecto. El conjunto lo completé con una máscara de goma... ¡Lástima que tu corazón resistiera...! Hubiera sido un crimen perfecto. Como el de la señora Green. Yo la maté. Me bastó con derramar una libra de manteca en la escalera.

Tragué saliva.

Ante mi tenía un monstruo de maldad, una mente diabólica y perversa, capaz de engendrar y cometer las mayores atrocidades.

—Ya veo que no te detienes en nada, que ni siquiera valdría la pena suplicarte, ¿verdad? —dije con tristeza.

—De nada —asintió cínicamente—. Lo quiero todo. Y la única manera de conseguirlo es... matándote.

—Pero yo no he hecho testamento, no te he nombrado en ningún documento —argüí.

—¿Qué importa eso? ¿Es que no has leído el testamento de tus padres, querida? No, veo que no. Hay una cláusula final que estipula claramente que en caso de que tú mueras, la fortuna de sir William pasaría automáticamente a mí poder. Tu padre debió sentir remordimientos en los últimos tiempos y quiso ofrecerme esa compensación...

—Sin caer en la cuenta de que sólo conseguía excitar tu codicia y tu sed de venganza —completé.

—Aciertas. Y creo que está dicho todo —tía Louise se volvió hacia mi primo—. Harvey, es tu tumo —pronunció con voz dura como el pedernal.

Harvey se puso en pie.

—Pero, ¡mamá! ¡No puedo hacerlo! Es... una pobre inválida. ¡No, no puedes obligarme! —gimió.

—Saca el revólver —insistió tía Louise.

Mi primo tembló de forma convulsa. Se resistía a ser una vez más un juguete en manos de su ambiciosa madre.

También yo apreté mi revólver entre los dedos.

Y, de repente, lo saqué y encañoné a tía Louise.

—¡No me obligues a disparar! —gemí—. ¡Ordena a Harvey que vuelva a su sitio! Además..., no podrías justificar un asesinato.

Louise sonrió. No parecía intimidada por mi arma.

—No se trata de un asesinato, pequeña mía. Tú vas a suicidarte. Tu estado mental, desquiciado, tus nervios tensos, tu frustración por el estado de invalidez en que te hallas... Todo eso será suficiente motivo para justificar tu muerte en un momento de arre-bato. McClure y el coroner no dudarán un momento en certificar suicidio —explicó con increíble sangre fría.

Decididamente se acercó a mí y me arrebató el revólver.

Pude haber disparado, pero... no me sentía con fuerzas para matarla.

Ella, si. O eso creí, al menos.

Porque se retiró unos pasos, alzó el revólver apuntando cuidadosamente a mi cabeza y comenzó a disparar.

Cerré los ojos cuando la primera llamarada brotó del cañón.

Rapidísimamente sonaron hasta seis disparos.

El corazón me dio un vuelco y perdí el conocimiento momentáneamente. Sólo durante unos segundos, porque en seguida pude escuchar las destempladas carcajadas de mi tía.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pobre pequeña estúpida! —Se burló sin piedad—. Yo me preocupé de descargar una por una todas las balas de que disponía tu padre en esta casa. Entre Harvey y yo cambiamos los cartuchos por balas de fogueo... Todos excepto los seis que alberga el revólver que tu primo guarda en un bolsillo.

—Entonces, ¿por qué has disparado contra mí? —pregunté con un hilo de voz y respirando con gran dificultad.

—De nuevo has estado a punto de morir, Pat. Te impresionaste tanto al oír los disparos que tu débil corazón falló. Eso era lo que yo pretendía: que fallase definitivamente. Porque, en el fondo, me disgusta ver correr la sangre —explicó con cinismo.

Me dejé caer, profundamente abatida, sobre el respaldo de mi silla.

Entonces, tía Louise se enfureció como una serpiente y gritó:

—¡Vamos, Harvey! ¡En pie, maldito cobarde, remedo de hombre! Esta es

tu oportunidad: ahora puedes demostrar que no eres un despreciable marica. ¡Mátala, mátala...!

Harvey avanzó lentamente hacia mí.

La mano de la que colgaba el revólver se agitaba, temblorosa.

Su rostro, abotargado por el exceso de alcohol, aparecía rojo, tenso y brillante.

Hubo un destello en sus ojos. Y se detuvo.

—Hazlo con cuidado, Harvey —recomendó tía Louise impasible—. Un solo balazo, con el cañón del revólver a tres centímetros de la sien derecha. Luego, borraremos tus huellas, imprimiremos las de tu prima y dejaremos caer el revólver a escasa distancia. Tiene que ser un trabajo primoroso, perfecto, sin un solo error.

Yo la oía hablar como si su voz brotase de un profundo pozo. Escuchaba su voz distorsionada, vibrante.

Respiraba muy mal y suponía que estaba próximo un nuevo fallo cardíaco que podía ser, esta vez, irreversible.

Luego sonó la voz de Harvey.

—Está bien, mamá. Lo haré todo con cuidado, como tú quieres. Sólo que voy a alterar levemente tu plan —dijo.

—No pienses por tu cuenta, hijo. Y terminemos cuanto antes. Ese maldito Cliff Payne debe estar al llegar. Nosotros nos marcharemos a la cocina. Será él quien descubra el cadáver de Pat. Tal vez ese estúpido tome el revólver en su mano de forma instintiva, ¿comprendes?

—Sí, mamá, lo comprendo. Tú siempre me has tenido por un estúpido, por un borrego obediente y sumiso. Pero ya te he dicho que he decidido alterar tu plan —insistió mi primo.

La borrosa silueta de tía Louise se desplazó tres pasos.

—¿Qué dices? —En su voz vibraba la ira—, ¿Es que no vas a obedecerme?, ¿te niegas a matarla?

—No es eso, mamá —respondió Harvey con voz monótona—. Simplemente he decidido ampliar el plan, ya te lo he dicho.

—¿Quieres explicarme qué significan tus palabras?

—Sí, mamá. Mataré a Pat. Pero después te mataré a ti y, finalmente, me dispararé un balazo en la cabeza. Si ella no merece seguir viviendo, menos lo merezco yo, y muchísimo menos tú, mamá.

Sentí que un escalofrío de horror recorría mi columna vertebral.

¿Bromeaba Harvey?, ¿quizá se divertía con aquella burla macabra?

Traté de aclarar mi visión y le miré con ansiedad.

No, Harvey no bromeaba.

Podía adivinarse por el brillo de sus ojos y el enérgico rictus de sus mandíbulas.

—¡Harvey! —Chilló tía Louise—. ¡Te ordeno que...!

—No volverás a ordenar nada, mamá —clamó mi primo—. Durante treinta años me has dominado, has abusado de mí, me has escarnecido y ofendido,

me has amenazado con desvelar públicamente mi vergonzosa desviación sexual.

—¡Harvey! ¡No irás a cometer la locura de...!

—En cuanto a mí —siguió mi primo, como si no escuchase a tía Louise—, te confieso que estoy desesperado, avergonzado, hundido y decepcionado.. , aunque yo no sea el responsable de mi anormalidad sexual. De modo que he decidido que terminemos todos.

—¡Harvey, no, no...! —gimió desesperadamente tía Louise, lanzándose sobre su hijo desesperadamente.

—Primero tú, mamá —dijo Harvey.

Y disparó.

Tía Louise se llevó ambas manos al pecho, allí donde un pedazo de plomo acababa de perforar su corazón.

Cayó bruscamente al suelo y quedó inmóvil en el acto.

Harvey la contempló un instante con expresión incrédula.

Despacio giró hacia mí, alzó el revólver y me apuntó.

—¡Salta, Pat, salta! —gritó Cliff desde la puerta.

Los dos obramos simultáneamente.

Cliff saltó ágilmente en el aire, sobre la espalda de mi primo Harvey y, yo, galvanizada por su estimulante grito, apoyé mis manos en los reposabrazos y salté.

Rodaba sobre el pavimento ya, cuando escuché el disparo.

Luego, resonó el sonido de un violento puñetazo.

Harvey yacía despatarrado en el suelo y Cliff se había apoderado del revólver.

En aquel momento el doctor Raperty corrió hacia mí, seguido del inspector McClure y del coroner Klerkency.

Apoyó las manos en el suelo y... ¡me erguí sobre mis piernas!

Tambaleante, inicié unos pasos hacía el doctor Raperty que me recogió en sus delgados pero fibrosos brazos.

—¡Dios mío! —le oí murmurar. Y sus lentes temblaron sobre su nariz a punto de desprenderse.

* * *

—Perfectamente —dijo el doctor Gaylor—. No necesita mayor tratamiento que un progresivo entrenamiento dé los músculos de las piernas. No camine demasiado los primeros días y todo andará sobre ruedas.

—Sobre, mis pies —le rectifiqué, risueña.

Cliff y yo abandonamos poco después la clínica del doctor Gaylor.

Hacía frío, porque la noche anterior había caído una copiosa nevada. Pero yo me sentía revivir aspirando a pleno pulmón el aire puro del mediodía.

En cuanto estuvimos en lugar discreto, libre de miradas, besé a Cliff ansiosamente.

—Te lo mereces. Tú fuiste quien me obligó a andar —susurré agradecida.

—Sólo hacía falta un pequeño empujoncito y... ¡ya está! —respondió sonriente.

Seguimos caminando hacia el coche, estacionado muy cerca. De repente, he detuve.

—Por cierto. Me gustaría saber cuántas veces has estado en la cárcel —dije, fingiendo una severidad que no sentía de ningún modo.

—En varias ocasiones, ya te lo dije —respondió burlón—. Antes de que mi socio, Dan Winter, y yo nos dedicásemos a la investigación privada, mi profesión era la de abogado. Solía visitar en prisión a mis defendidos, ¿comprendes?

—Y... ¿puedo saber por cuenta de quién trabajas, condenado embustero? —indagué muy sorprendida.

—Por tu cuenta, querida Pat, aunque fueron Vance y la señora Green quienes me encargaron el trabajo. La pobre señora Green sospechaba de tu tía, por lo que, de acuerdo con Vance, me ofrecieron el trabajo. Y ahora —agregó con una sonrisa picara— sólo me resta pasarte la factura de mis honorarios.

Y me mordió levemente en el cuello.

Subimos al coche y abandonamos la ciudad de Haridd. A poca distancia de allí, en Prestwon, el pobre Harvey se encontraba recluido en un centro psiquiátrico, sometido a un costosísimo tratamiento que, naturalmente, sería satisfecho por mí.

Pero yo no quería seguir pensando en ello. Me importaba mucho más dedicar mis pensamientos y mis caricias al apuesto Cliff Payne.

FIN